

MOTIN EN EL ESPACIO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

Motín en el espacio se integra en el período de decadencia del Imperio Galáctico previo al colapso del mismo. Narra la novela como un acorazado sideral perteneciente a la flota imperial, el Visnú, que retorna a su base tras una dura campaña bélica que ha diezmado a su dotación, recibe órdenes de dirigirse al planeta Kasartel con objeto de sofocar la rebelión que allí ha estallado. Brad Regan, comandante del acorazado, se ve entonces obligado a realizar una leva forzosa que le permita cubrir las bajas, razón por la que hace escala en Howarna, un pequeño y pacífico planeta agrícola escasamente poblado.



A. Thorkent

Motín en el espacio

Bolsilibros: El Orden Estelar - 5

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 587

ePub r1.0

xico_weno 06.09.15

Título original: *Motín en el espacio*
A. Thorkent, 1981

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




La conquista del
ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

—Señor, del Mando Supremo de la Flota —dijo el teniente Lahmer cuadrándose ante su superior. Después del sonoro taconazo le tendió el mensaje codificado.

El comandante Brad Regan lo cogió, insertándolo en el lector. Durante unos instantes permaneció en silencio, después de repasar por varias veces el contenido. Alzó la mirada al oficial y dijo:

—Teniente, ¿quién está de servicio en el puente de mando?

—El capitán Garh, señor.

—Dígale que se presente aquí inmediatamente.

—Sí, señor.

Una vez solo, el comandante soltó una maldición y arrugó el mensaje con violencia, que arrojó al conducto de desperdicios. No podía ser registrado en el libro de bitácora, pero su contenido tenía que ser obedecido al pie de la letra.

Apenas hacía tres días que habían salido del hiperespacio y volaban a una décima de velocidad de luz en dirección a la base de zona operacional Estaba previsto rendir cuentas de la misión dentro de una semana, tras la cual todos confiaban en obtener un merecido permiso después de la dura campaña llevada a cabo en el sector rebelde de Lamgarum.

El acorazado «Visnú» había sufrido algunos daños y bastantes bajas en la tripulación. Más de cien cadáveres se habían lanzado al espacio cuando concluyeron las operaciones en Lamgarum. Pero en el planeta rebelde la destrucción realizada como castigo fue enorme. Allí había quedado una flotilla de ocupación que vigilaría la sumisión de sus habitantes al Gran Imperio.

La campaña había durado tres largos meses, llena de duros combates y una resistencia inusitada por parte de los, rebeldes.

Regan entornó los ojos, pensando en la capitán Garh. Ella fue quien desembarcó al mando de unas unidades de asalto y redujo el

último reducto enemigo, capturando a varios líderes rebeldes y los pocos cientos de soldados que aún resistían.

En aquella ocasión Regan estuvo a punto de arrestar a la capitán, Ida Garh, sin consultarle, pasó a cuchillo a los prisioneros. Cuando él, furioso, la inquirió por lo que había hecho, Garh, con altanería, le respondió que tenía que dar un escarmiento, una advertencia a todos para que lo pensaran dos veces antes de alzarse en armas contra el emperador.

Garh añadió, sonriente, que también los soldados de asalto debían acostumbrarse a la sangre y a vengar a sus compañeros. La dureza, dijo, era el mejor adereza para mantener la disciplina. Y en una nave como la «Visnú», que llevaba más de dos años sin tomarse un descanso, navegantes y soldados tenían los nervios a flor de piel Si entre ellos había algún indicio de protesta ésta se aplacaría a la vista de una matanza en masa.

Regan reprimió sus deseos de castigar a la capitán. Era cierto que la dotación del acorazado estaba en los límites de su resistencia, después de tantos meses de continuas misiones. Si presenciaba el castigo de un oficial la disciplina podría romperse. Mordiéndose los labios, terminó felicitando a Garh, pero adviniéndola que aquélla debía ser la última vez que tomaba una decisión importante sin consultársela.

Lo sucedido en Lamgarum era un síntoma. En muchas partes del vasto imperio muchos planetas lanzaban sus primeras protestas contra el poder central ubicado en la Tierra. Las unidades de la flota imperial tenían que multiplicarse en sus esfuerzos, acudiendo a muchos puntos, interviniendo violentamente contra comunidades cansadas de proporcionar hombres y mujeres para los ejércitos del emperador y dinero para mantenerlos.

Y ahora le llegaba aquel maldito mensaje codificado. El permiso quedaba cancelado. En el mando supremo ya conocían que el acorazado iba escaso de soldados y tripulantes, por lo que concedía permiso a Regan para subsanar lo antes posible tal contingencia y luego volver a sumergirse en el hiperespacio y poner rumbo a Kasartel, en donde parecían existir problemas.

Un comandante de acorazado no estaba obligado a emprender una misión punitiva sin disponer completa sus dotaciones. Tampoco debía solucionar por sí mismo tal problema. Pero la orden del

mando supremo le exigía llevar a cabo semejantes injerencias. Las instrucciones codificadas eran terminantes, pero también le prohibían registrar la orden, la cual una vez conocida debía ser destruida.

La acción que debía cometer el comandante era ilegal, pero no podía negarse a ella.

Seguía sumido en sus pensamientos cuando la puerta de su despacho se abrió y entró el oficial Garh.

La miró. Lo hizo con cierto desprecio, observando la planta orgullosa de Ida Garh. Era una mujer de edad mediana, que aún conservaba algo de su salvaje belleza, pese a la dureza de sus facciones. Garh se cuadró ante la mesa de Regan, quedándose firme. Vestía el uniforme de la Armada Imperial, rojo y azul con entorchados de oro, de forma impecable. Sus botas relucían en deslumbrante negro.

—Descanse, capitán Garh —dijo el comandante—. ¿Alguna novedad del puente?

—Ninguna, señor. Todo está controlado y según las previsiones. Las reparaciones de los castillos de babor están terminando y el artillado de proa estará concluido antes de dos días. Cuando lleguemos a la base la nave estará en condiciones óptimas de revisión.

Regan intuía algo semejante. Garh, pese a la poca simpatía que sentía por ella, era un oficial competente. Si ella se había propuesto que las reparaciones estarían concluidas en tal o cual fecha, los hombres podían reventar, pero el trabajo estaría listo.

—He recibido un mensaje del mando supremo, capitán —dijo lentamente, mirándola a los ojos.

—Lo sé, señor. Yo misma lo recibí codificado y se lo envié con el teniente Lahmer.

—No sabía que usted estuviera en aquel momento en el módulo de comunicaciones.

—Hacía mi inspección allí cuando fue recibido, señor. ¿Es importante?

Regan pensó que si no hubiera estado codificado pensaría que Garh ya conocía el contenido y se estaba burlando de él. Pero sin un lector nadie podía leer un mensaje en clave positrónica.

—Yo diría que más que importante es… Bueno, no sé cómo

definirlo. Son órdenes que a ningún comandante le gusta recibir.

—No entiendo, señor…

—Se nos ordena dirigirnos inmediatamente a Kasartel.

—Sabía que allí surgirían problemas, señor —dijo Garh torciendo el gesto—. En mi opinión nunca se le debió conceder a ese planeta las prerrogativas de que goza.

Asombrado, el comandante frunció el ceño.

—¿Conoce Kasartel, capitán? —Tenía que admitir que era la primera vez que él había escuchado ese nombre y se sentía un podo humillado.

—Así es, comandante —sonrió turbiamente la mujer—. Privadamente dispongo de un archivo de mundos que, según mi criterio, ocasionarán disturbios al imperio. Y le aseguro que Kasartel está entre los primeros de la lista. ¿Sabe ya usted lo que sucede allí?

—No, aún no. Cuando estemos cerca de Kasartel un crucero nos ampliará detalles. Nos estará esperando.

—¿Cuándo virarnos para dirigirnos allí, comandante?

Regan le miró furioso. Aquella mujer parecía alegrarse ante semejante noticia. ¿Es que no había pensado que entre la tripulación surgirían protestas sordas, incluso entre algunos oficiales? La nueva orden significaría otros tres meses de campaña, un retraso en el permiso que todos ansiaban, excepto la capitán Garh, al parecer.

—No se precipite tanto, capitán —rezongó Regan—. Tenemos otros asuntos que resolver antes que nada. ¿Ha olvidado que tenemos bajas en las tropas de asalto y en algunos puestos técnicos?

—Apenas ochenta soldados y veinte navegantes, señor —sonrió despectiva la capitán—. No creo que signifique nada eso, ya que aún disponemos de tres mil soldados y los puestos de navegación pueden ser cubiertos, de hecho lo están, apenas aumentando en un veinte por ciento el horario de las guardias.

—El mando supremo conoce nuestra situación. Las ordenanzas prohíben que una unidad como ésta entre en combate sin estar completa. Tenemos que buscar esos hombres que nos faltan.

Y la miró significativamente.

La capitán Garh sólo necesitó unos segundos para comprender. Su sonrisa se amplió y dijo:

—Entiendo, señor. Si le parece me ocuparé de ese problema.

Estamos a unos dos días de Howarna.

—¿Qué es Howarna?

—Oh, un mísero planeta recientemente abierto a la colonización. No tiene muchos habitantes. Apenas unos miles, pero entre ellos encontraremos suficientes voluntarios que se sentirán honrados de servir al emperador.

—Es posible que no consiga reunir a tantos hombres que nos faltan, capitán.

Ella soltó una carcajada.

—Deje eso de mi cuenta, señor.

—Precisamente la he llamado para confiarle esa misión, capitán.

—Gracias por su confianza, comandante.

Brad Regan esbozó una sonrisa y dijo complacido:

—Estoy seguro que usted sabrá llevar a buen término una misión tan desagradable como ésa, capitán.

Comprendiendo el sentido de las palabras del comandante, Garh hizo una mueca, estuvo a punto de replicar abruptamente, pero se contuvo, pensando que tal vez el comandante se hubiera alegrado muchísimo de someterla a expediente disciplinario.

—No le defraudaré, señor. ¿Algo más?

—Creo que no. Ah, cuando termine su turno dispóngalo todo para estar libre de servicio hasta que concluya la recluta de nuevos soldados y navegantes.

—Será una leva, señor. No me importa llamar las cosas por su nombre. Por el contrario, lo prefiero.

Regan la despidió con un movimiento de cabeza y la capitán salió del despacho.

A solas, Regan hizo deslizar su asiento hasta un rincón de la estancia, colocándose delante del ordenador. Allí tabuló durante unos instantes y en la pantalla apareció el siguiente informe:

HOWARNA. Cuarto planeta de la estrella Plummol. Datos más importantes…

Se repantigó en el asiento y dedicó cada su atención a los informes.

* * *

La capitán Garh se dirigió al nivel inferior en lugar de hacerlo al puente de mando. Allí estaban los cuarteles de la dotación de tropas

de asalto del acorazado.

El soldado que montaba guardia protocolariamente se cuadró ante su paso, presentando armas con el pesado rifle láser. Antes de llegar a la sala de guardia, el sargento de servicio, un humanoide gigantesco llamado Ugarga, oriundo de un planeta semisalvaje del sector Regulus, le salió al encuentro.

—Sin novedad, capitán —dijo con su gutural voz el sargento—. Tal como usted ordenó estamos sometiendo a la tropa a ejercicios tácticos.

Ida asintió. Ella había ordenado que los soldados no permaneciesen inactivos. Los quería bien entrenados, siempre dispuestos. Seguida por el sargento, se dirigió a las salas donde evolucionaban ocho de las diez compañías con que estaba dotado el acorazado.

La gran estancia podía acoger a tres veces aquel número de soldados. Durante un rato, Garh los vio correr, saltar y enfrentarse entre sí bajo la supervisión de monitores robots, incansables y que fustigaban a los hombres y mujeres que flaqueaban o cometían errores.

A una orden de Garh, los ejercicios se detuvieron y los suboficiales ladraron las órdenes precisas para que cada compañía quedase formada. Luego, todas desfilaron ante Garh.

La capitán no pudo disimular una sonrisa de satisfacción; Estaba orgullosa de aquellos soldados, pese a que sabía que la mayoría de ellos la odiaban. Pero contaba con la fidelidad de los suboficiales y éstos se bastaban para mantenerlos en cintura.

Garh era la comandante de las tropas de asalto, las temidas unidades del imperio. Para ella, individualmente carecían de valor, pero en conjunto formaban un pequeño ejército muy eficiente, sobre todo para someter mundos díscolos. El solo anuncio de que estaban a punto de desembarcar aquellas tropas había sofocado más de una revuelta sin disparar un solo tiro.

Se volvió hacia el sargento Ugarga, diciéndole:

—Le felicito, sargento mayor; sus hombres y mujeres están en perfectas condiciones.

La gran extensión se había quedado vacía y Ugarga sonrió ampliamente:

—Gracias, capitán. En realidad están contentos todos.

—¿Por qué?

—Bueno, quizá porque saben que pronto llegaremos a la base y…

—Hay novedades, sargento. Por eso quiero hablarle a solas. Debemos preparar psicológicamente a los hombres para que reaccionen satisfactoriamente cuando sepan que damos medía vuelta y nos dirigimos a Kasartel después de una breve estancia en Howarna.

El sargento Ugarga era un veterano al que le importaba bien poco beneficiarse de un permiso, pero su rudo semblante mostró preocupación cuando dijo:

—Habrá problemas, capitán. Los soldados…

—Los evitaremos. Una información subliminal y unas sesiones de terapia en grupo, algo de sexo y drogas les hará recibir la noticia con estoicismo. Antes de una semana estarán ansiosos por entrar en combate. Y serán más fieros que nunca —soltó una risa divertida—. Los kasartelanos sabrán lo que significa alzarse contra el imperio y pagarán bien cara su osadía.

—¿Por qué vamos antes a Howarna, señora? —preguntó el sargento.

—Tenemos que completar las dotaciones que nos faltan en las tropas y navegantes. Descenderemos en Howarna y allí solicitaremos de sus habitantes una aportación a la causa del imperio.

—¿Cuánto tiempo dispondré para preparar a los reclutas?

—Diez días, que será el tiempo que tardaremos en llegar a Kasartel. ¿Tendrá suficiente, sargento?

—Por el bien de los reclutas espero que sí —rió Ugarga.

—Magnífico. Cuento con usted para que me ayude a elegirlos, sargento. El comandante me ha asignado esa misión.

—Será un placer. Por cierto, ¿qué aborígenes hay en Howarna?

—Humanos. Una población escasa, principalmente agrícola. Me temo que no serán muy cultos, pero sí gente fuerte y sana.

—Los haremos buenos soldados, capitán.

—Y si no peor para ellos, sargento —sonrió la capitán, saliendo del acuartelamiento.

CAPÍTULO II

—Esa visita sólo nos traerá complicaciones, gobernador —masculló Lars Nolan, arrojando el resto del cigarrillo lejos, sobre el polvo del astropuerto.

Dio unos pasos, nervioso, delante de Torganet, gobernador electo de Lamba, única ciudad del planeta Howarna. Luego miró la lisa explanada que ellos llamaban ampulosamente astropuerto. Allí sólo existía un sencillo edificio con una torre metálica en cuya cúspide giraban los rudimentarios detectores. A la derecha se alzaban los cobertizos donde guardaban las mercancías para la exportación y también los suministros vitales que recibían una vez al mes del carguero que procedente del más cercano planeta les proporcionaba cuanto necesitaban y que ellos aún no podían suministrarse.

Torganet tampoco estaba muy tranquilo aquella mañana. Se pasó la pipa al otro extremo de la boca y dijo:

—Estoy de acuerdo contigo, Lars, pero no tenemos otra alternativa que recibirles como se merecen.

—Oh, si así fuera deberíamos recibirlos a tiros —rió Lars sordamente.

—Seguro, pero ellos representan al emperador y nosotros estamos aquí bajo su protección. No olvides que Howarna pertenece al imperio.

—¿Cómo puedo olvidar algo semejante? Ni siquiera poseemos la más ínfima calificación dentro del imperio. Carecemos de los más mínimos derechos ciudadanos. Esas fieras que esperamos pueden hacer con nosotros lo que les venga en gana.

El gesto ya preocupado del gobernador se tornó grave.

—Cuando anunciaron su visita sólo explicaron, como motivo, una escala técnica. Al parecer ese acorazado imperial ha padecido averías y estará unos días orbitándonos. Creo que sólo descenderán

un par de naves.

—Sospecho algo, Torganet. Nuestros padres consiguieron licencia imperial para colonizar este mundo y durante más de treinta años hemos vivido tranquilos, aunque trabajando duro para hacer confortable Howarna. Con el imperio sólo tenemos un contacto anual, cuando el recaudador nos visita. ¡Y ya es bastante!

Torganet trató de sonreír y le palmeó amistosamente la espalda, diciendo:

—Te preocupas excesivamente, muchacho. Ya verás cómo tú mismo te reirás de tus aprensiones dentro de poco, cuando esa nave se marche dejándonos tranquilos.

—Ojalá sea así.

Un hombre llegó hasta ellos. Salió de la modesta torre de control, diciendo que las naves de desembarco del acorazado «Visnú» estaban a punto de descender.

—¿Cuándo regresa Rena, Lars?

—Supongo que mañana. Espero que cuando llegue con el carguero estas alimañas se hayan largado.

El gobernador asintió.

—Estoy seguro que ha sido una buena idea la de adquirir, el carguero, así no tendremos que depender del único vuelo estelar que tenemos una vez al mes. Podremos llevar nuestros productos a otros puntos y conseguir mejores precios en las ventas, así como no pagar demasiado por las materias que necesitamos.

Lars replicó que sí con un vigoroso movimiento de cabeza. La idea de adquirir entre toda la comunidad de Howarna un moderno carguero estelar había sido de él, y de Rena Lante, su prometida.

—Rena es tan buena navegante como yo —dijo con orgullo.

—Será porque tú la enseñaste —rió el gobernador.

—De todas formas me gastaría que se retrasase un poco, que llegase cuando el acorazado se haya ido.

Lars miró en su entorno con preocupación.

—Quizá, el tipo que baje se sienta un poco defraudado ante el pobre recibimiento que vamos a dispensarle.

—Demonios, Lars, no tenemos banda de música; y casi todos los hombres y mujeres están trabajando en la recolección. Confiemos que sepan comprender que no podemos dejar esa labor para formarles un coro de alabanzas…

Calló porque en aquel momento se escuchó un lejano rugido. Alzaron las miradas al cielo claro de Howarna. De pronto, de entre las nubes surgieron dos puntos brillantes que fueron aumentando de tamaño rápidamente.

Instantes más tarde, a unos centenares de metros de la torre, dos naves de unos cien metros de eslora se posaban en la reseca tierra del astropuerto, levantando una gran polvareda.

Lars y Torganet se miraron y ambos se encogieron de hombros.

Acudió un hombre conduciendo un vehículo, montaron en él y se dirigieron hacia las naves, lentamente, confiando que cuando llegasen hasta ellas el polvo hubiese desaparecido.

Se pararon a pocos metros de la más cercana de las naves, Lars se fijó en el llameante emblema imperial, situado junto a una esclusa, la cual empezó a abrirse.

Saltaron de la nave una docena de soldados, con sus armaduras de combate brillando al sol y grandes rifles láser en prebenda. Formaron un pasillo y se pusieron firmes justo en el momento en que un oficial con rutilante uniforme de capitán de las tropas de asalto surgió por la esclusa.

—Una mujer —susurró Torganet cerca del oído de Lars.

—En el ejército imperial hay muchas. Y ésa tiene cara de pocos amigos, Torganet —le replicó Lars cuchicheando.

La capitán Garh les miró y caminó hacia ellos. Se detuvo a dos pasos del gobernador y dijo secamente:

—Soy el capitán Ida Garh, comandante de las tropas de asalto del acorazado «Visnú». Represento al comandante Brad Regan, de la Armada Imperial.

Torganet deglutió, tosió y procuró hablar sin el menor síntoma de nerviosismo:

—Eh… En nombre de la comunidad de Howarna le doy la bienvenida, capitán. Soy el gobernador Torganet.

Ida Garh le contempló un rato, preguntando al cabo:

—¿Es un título con refrendo imperial?

—No… bueno, aún no disponemos de estatuto definitivo, capitán. Mi cargo es electo.

—¿Electo? —inquirió la capitán sorprendida.

—Sí, por unanimidad de todos los miembros de la comunidad —añadió Lars.

Garh le dirigió una seca mirada y Lars se preguntó si era porque él se había interferido en la conversación.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Lars Nolan, colono de Howarna. Poseo unas tierras que cultivo cerca de Lamba, nuestro poblado. También soy ingeniero positrónico y navegante, capitán.

—¿Algún cargo político?

—Ninguno. Bueno, a veces ayudo al gobernador cuando se le acumula él trabajo. También pertenezco al consejo local.

Ella hizo una mueca que transformó en una ligera sonrisa irónica diciendo:

—¿Me equivoco si pienso que su cargo también ha sido elegido democráticamente?

—Oh, no. Al consejo puede asistir todo el que quiera, capitán. Lo que pasa es que muchos están siempre muy ocupados y delegan en otros su representación.

—No me agradan los sistemas de gobierno de este planeta —dijo Garh.

—La verdad es que no entiendo, capitán… —empezó diciendo, abrumado, Torganet.

Empezando a irritarse, Lars dijo:

—La capitán Garh no comparte ciertas ideas políticas, amigo. Para ella todo lo que no sea asignado por el emperador o por alguno de sus colaboradores es… ilegal.

La capitán le fulminó con la mirada.

—Más o menos —dijo abruptamente—. Pero no estoy aquí para inmiscuirme en sus asuntos internos.

—¿Podemos saber entonces a qué debemos el honor de su visita?

Al notar el marcado tono irónico de las palabras de Lars, el gobernador entornó los ojos, asustado y temiendo escuchar a continuación una réplica exaltada de la capitán.

Pero ésta se limitó a sorber aire, a balancearse sobre las punteras de sus botas y a tomarse unos segundos para calmarse. Entonces dijo lentamente:

—En el momento preciso conocerán el motivo que ha traído hasta este mundo una nave del imperio, señores. Ahora quisiera ir hasta su núcleo urbano. Supongo que tendrán algún edificio

perteneciente a la comunidad donde existan registros de todos los habitantes.

—¿Para qué los quiere?

—Eso es asunto mío. Digamos que tenemos que informar del estado político y sanitario de esta comunidad.

—Le advierto que anualmente recibimos la poco agradable visita del recaudador de impuestos —apuntó Lars, sonriendo.

—Guárdese sus ironías para más tarde, señor Nolan. Ahora necesito un vehículo apropiado para que me lleven a su aldea, a Lamba, si mal no recuerdo —dijo mirando con desagrado el coche que estaba aparcado cerca, con el nervioso conductor todavía ante los mandos.

—No tenemos otro, capitán —dijo Lars—. Actualmente los tenemos todos en los campos. Pero creo que usted podrá venir con nosotros.

—Si no hay otra alternativa… Bien, esperen un momento. Daré unas órdenes y les acompañaré.

Vieron cómo la capitán subía a la nave. La docena de soldados seguían en posición de firmes y Lars sintió admiración y pena por ellos al no descubrir ni la más mínima oscilación en sus cuerpos.

Los miró detenidamente y descubrió a través de las defensas transparentes de los cascos las facciones de mujer en algunos de ellos.

—¿Qué piensa de todo esto, Torganet? —preguntó al gobernador.

—Que empiezo a preocuparme como tú, muchacho.

—Desde luego. Esas gentes han venido por algo en concreto y creo que ya lo he adivinado.

—¿De veras? Pues dime lo que es.

Aún no estoy seguro, pero sería prudente prevenir a los nuestros que trabajan en los cultivos.

—¿Cómo?

—Advirtiéndoles para que no vuelvan a Lamba mientras los imperiales estén aquí.

—Ahora no te entiendo…

—¿Es que nunca ha oído hablar de las levas que a veces llevan a cabo los oficiales imperiales para procurarse soldados? Últimamente no les sobran voluntarios. Recluían incluso humanoides que tienen

más de monstruos que otra cosa. El oficio de soldado está estos días muy mal visto.

Asustado, Torganet miró a Lars, como si no pudiese dar crédito a lo que éste le decía.

—¿Supones que han venido sólo para…?

—Pudiera ser y no estaría de más estar prevenidos. Apenas tengamos tiempo debemos avisar a los que están en los campos. Y también que todos los jóvenes, hombres y mujeres que se encuentren en Lamba escapen sigilosamente y se escondan en las montañas.

—Se extrañarán al no ver a casi nadie…

—Ya nos buscaremos una excusa… Silencio, ya regresa ese marimacho de capitán.

Garh había salido de la nave y se dirigió directamente al vehículo, subiendo a él y esperando allí a los dos nativos.

—Vamos, señores. Tengo prisa —les dijo.

Lars y el gobernador se acomodaron y el coche arrancó. Mientras se dirigían hacia el edificio administrativo, Lars se volvió y vio que de las naves salían más soldados armados.

No comentó nada con Torganet, pero ambos cruzaron miradas de preocupación.

El coche pasó delante de la torre de control y desvióse hacia la estrecha franja de asfaltada carretera. A lo lejos se veía el poblado, un montón de casas de una o dos plantas, de sencilla pero armoniosa construcción. Todas estaban rodeadas de árboles y jardines y se respiraba paz y tranquilidad entre ellas.

Garh comentó burlona:

—Disfrutan ustedes, al parecer, de un buen nivel de vida.

Antes que el gobernador pudiera hacer algún comentario, Garh añadió:

—Gracias al emperador, por supuesto. Es hora de que paguen al imperio la seguridad y prosperidad que les damos.

Torganet palideció y Lars apretó los puños. Las palabras de la capitán podían interpretarse como un indicio inequívoco de que sus temores no eran infundados.

El coche se detuvo delante de una casa de dos plantas y Torganet invitó a la capitán a pasar al interior, diciendo que se mostraría los documentos del censo, registros y demás cosas que

pudieran ser de su interés referente a Howarna.

Lars se rezagó y dijo al conductor:

—Debes advertir a todo el mundo. Sólo deben quedarse en el pueblo los niños y ancianos.

El conductor, llamado Gorgolei, puso cara de asombro y Lars tuvo que repetírselo de nuevo.

—Entonces sería más prudente que todo el mundo se fuera, ¿no?

—Desde luego —mascullό Lars, impaciente y temiendo que su ausencia significase una sospecha en la capitán de que él temía algo pernicioso para la comunidad—. Pero no debemos levantar sospechas. Ellos sólo quieren personas jóvenes y fuertes. No les creo capaces de vengarse en viejos y niños si no cubren su cupo. Que todos se muevan con sigilo, sin estridencias. Luego corre a los campos y diles a los demás que dejen la recolección y escapen a las montañas también. Sólo cuando se marche el acorazado deben volver.

Gorgolei asintió, puso el coche en marcha y se perdió por la calle. Lars movió la cabeza y entró en la casa, que además de ser la vivienda de Torganet se utilizaba como oficina gubernativa.

Encontró a la capitán enfrascada en la lectura del libro del censo. A su lado, sudando, estaba el gobernador, quien al verle le hizo un gesto, como queriéndole dar a entender que también él creía que el acorazado imperial se había acercado a Howarna para incrementar su dotación, mermada tal vez en alguna reciente batalla.

Garh había tomado un rotulador de la mesa y empezó a puntear en el libro. Cuando terminó, dijo volviéndose al gobernador:

—Quiero que hoy mismo todas las personas que indico en el libro estén ante la torre del astropuerto —les miró fijamente y añadió—: Sin excusa alguna. ¿Entendido?

Lars se le puso delante, desafiante.

—Eso me temo, capitán, que la he entendido. Usted pretende llevarse… —echó un vistazo e hizo un rápido cálculo de las personas punteadas—, unos setenta u ochenta habitantes de este mundo, ¿no?

—¿Y si así fuera?

—Entonces debería buscarlos usted misma.

Garh soltó una maldición y empezó a sacar la pistola que pendía

de su cinturón. Pero Lars fue más rápido y después de propinarle un golpe en el mentón, se la arrebató.

La capitán no había esperado una reacción violenta, tal vez pensando que era suficiente su uniforme para que todos se echaran a temblar. Enrojecida por la rabia, barbotó unas palabras, mientras veía cómo Lars la apuntaba con su propio láser.

—Está loco. Esto le costará la vida —silabeó la mujer.

—Es posible, pero cuando usted esté en condiciones de ordenar que me busquen será tarde —rió Lars—. No conocen este planeta y necesitarán mucho tiempo para encontrarnos.

—¿Qué piensa hacer?

—Dejarla bien atada, mientras todo el mundo consigue ponerse fuera de sus zarpas. Cuando la eche de menos su comandante será dentro de algún tiempo. No creo que ustedes dispongan de mucho para buscarnos.

En aquel momento Lars escuchó unos ruidos a su espalda. Vio que la capitán empezaba a sonreír. Cuando se volvió palideció. En la casa estaban entrando soldados de asalto. Escuchó la risa de Garh, que dijo:

—No soy tan estúpida como pensó, señor Nolan. Ordené a mis soldados que me siguiesen y rodeasen la aldea.

Le arrebató el arma y dijo después de escupirle en la cara:

—Podría matarle ahora mismo, pero creo que su padecimiento será más beneficioso para el imperio si antes le convierto en un soldado capaz de morir por su Alteza Imperial.

CAPÍTULO III

—Gorgolei consiguió salir de la aldea antes de que ésta fuese cercada por las tropas —Torganet hizo una pausa, aspiró aire en profundidad y luego, siempre rehuyendo encontrarse con la mirada de Rena, prosiguió—: El muchacho, después de salvar a los que trabajaban en los campos cayó prisionero, cuando regresaba, quizá alarmado porque nadie de la aldea había huido a los montes.

Rena Lante, muy pálida, preguntó en un hilo de voz:

—¿Cuántos se llevaron?

—Cincuenta y seis. Treinta y dos hombres y veinticuatro mujeres. Lars ha sido afortunado. Esa capitán pudo haberlo matado cuando él le arrebató la pistola, pero lo incluyó en el grupo al final.

Torganet omitió la amenaza de la capitán respecto a Lars para no preocupar más a Rena.

Ella echó un vistazo a la habitación, con grandes evidencias del paso vandálico que había sufrido por las tropas del acorazado. El resto de la casa del gobernador estaba igual; los soldados se habían ensañado en ella y el mismo Torganet fue golpeado con dureza y su rostro presentaba hematomas. El brazo derecho se lo quebraron y ahora lo llevaba colgado de un pañuelo anudado al cuello.

El médico le esperaba fuera para practicarle una cura, pero él había querido explicárselo todo personalmente a Rena, que apenas hacía una hora aterrizó con el nuevo y flamante carguero.

—Al menos no consiguieron llevarse a todos los que necesitaban —suspiró el gobernador—. Creo que querían más de ochenta.

—Pero se llevaron a Lars —musitó Rena, recordando que ella le pidió que la acompañase para recoger el carguero, pero Lars argumentó que había mucho trabajo y que confiaba plenamente en su pericia como navegante.

—Sí, y lo siento —dijo Torganet abatiendo la cabeza.

El médico se asomó, tosió y dijo:

—Gobernador, debo curarle el brazo.

—Voy en seguida —replicó empezando a levantarse.

—Torganet, ¿comprendes que Lars nunca volverá?

—No se puede decir eso… —murmuró el gobernador dándole la espalda—. A veces los soldados son licenciados. Debemos confiar en ello.

—Nunca vuelven. Lo sabes. Y menos los que son reclutados a la fuerza.

—Ojalá estuviera yo con ellos. Pero me rechazaron por viejo —rió el gobernador nerviosamente.

—¿Podremos averiguar adónde se llevaron a los nuestros?

Torganet se volvió y dijo:

—Esa mujer dijo algo de Kasartel. Pero ¿qué importancia tiene eso?

—No. Para mí sí la tiene —Rena se levantó y señaló hacia el astropuerto—. He traído una nave muy veloz. Podemos artillarla e ir tras ese acorazado.

—Estás loca…

—Es posible. Sé que el carguero es de la comunidad, pero si todos están de acuerdo y algunos incluso dispuestos a seguirme, estoy decidida a ir a ese planeta llamado Kasartel. Oh, por supuesto que un carguero mal armado no puede ni pensar en enfrentarse a un acorazado del imperio, pero podemos esperar el momento adecuado para intervenir. Además, los rebeldes de Kasartel pueden ayudarnos.

—Por los dioses, Rena. Ni siquiera sabemos dónde está ese planeta…

—Eso es lo de menos. En el carguero tengo medios para localizarlo.

—Pero el acorazado llegará mucho antes y…

—Bah, no podrá terminar con su trabajo en seguida —Rena le miró con fijeza, inquiriendo—: Sólo necesito tu permiso para pedir voluntarios. Con cinco personas tendré bastante. Iremos al mundo donde adquirimos el carguero. Allí, con un poco de dinero podemos instalar un par de proyectores láser.

—Eso es ilegal.

—También con dinero se puede solucionar.

Torganet abatió los hombros, incapaz de discutir con el

entusiasmo de Rena.

—Haz lo que quieras, pero debes advertir a los que estén dispuestos a acompañarte que la misión es peligrosa y las probabilidades de volver muy escasas.

—Yo diría que inexistentes, pero nadie me detendrá.

—¿Ni siquiera una negativa de la comunidad?

Rena cogió su chaquetón y, antes de salir, dijo:

—Ni eso, gobernador. Entonces sería capaz de robar el carguero.

Viéndola abandonar la casa, Torganet murmuró:

—Te creo muy capaz de eso, muchacha.

—¿Crees que Rena lo hará? —le preguntó el médico mientras lo conducía a la habitación de al lado, donde había instalado un pequeño quirófano provisional.

—No conoces a Rena.

—Debe estar muy enamorada de Lars, ¿no?

—Supongo que sí.

—Bueno, ahora vamos a ocuparnos de tu brazo, viejo gruñón. Si te duele puedes gritar.

—No regalaré tus oídos con mis gritos. Oye, matasanos, ¿crees que estaré bien antes de dos días?

—Es posible, si es que tus viejos huesos responden al tratamiento. Pero supongo que sí. ¿Por qué esas prisas?

—Pienso que Rena partirá no más tarde de tres días.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Porque yo la acompañaré —rió Torganet, ante la mirada asombrada del médico.

* * *

—Me pregunto, capitán Garh, si el no haber podido completar el cupo el reglamento me permite regresar a la base —comentó el comandante.

—Me temo que no, señor —respondió la mujer torvamente, pensando que el jefe no estaba muy entusiasmado con la idea de emprender una nueva campaña contra un planeta hostil a la ley imperial—. He destinado a todos los aborígenes de Howarna a las tropas de asalto.

—¿Por qué no ha remitido a los más calificados a las secciones de técnicos? No olvide que entre ellos también falta personal.

—Entre esos palurdos no he localizado a ninguno con un coeficiente mental digno para ello, señor.

—De todas formas le sugiero que lleve a cabo algunas investigaciones mentales entre los reclutas. Si podemos remitir a varios de ellos con los técnicos realizaremos más legalmente las cosas.

—Lo haré, señor.

Siguieron caminando por el pasillo, en dirección al puente de mando.

—¿Qué tal marchan los entrenamientos?

—Bien, pienso. El sargento mayor Ugarga se encarga personalmente. Es un buen instructor y antes que salgamos del hiperespacio y tengamos enfrente a Kasartel estarán en condiciones de combatir.

—Lástima que no se haya podido completar el número querido, capitán.

El rostro de Garh se endureció súbitamente.

—Casi toda la población estaba en el campo y alguien debió avisarles, señor. Si hubiésemos dispuesto de más tiempo yo les habría hecho salir de los montes donde se escondieron.

—Pero no teníamos más plazo —el comandante se detuvo antes de entrar en el puente—. Por cierto, capitán, ¿qué tal son las chicas reclutadas?

—Normales, señor.

—Oh, vamos, no se haga la despistada. Quiero saber si hay alguna bonita entre ellas, ya sabe…

—No soy la más indicada para juzgarlas.

—Bien, entonces dígale al sargento Ugarga que comente entre ellas que si alguna, que sea atractiva, por supuesto, quiere aligerarse un poco de los duros ejercicios de entrenamiento puede ofrecerse voluntaria para ir a mi camarote esta noche.

Secamente, la capitán replicó antes que el comandante entrase en el puente:

—Lo haré, señor.

Le vio pasar entre los dos centinelas, que al unísono le presentaron armas. Luego, Garh volvió sobre sus pasos, maldiciendo internamente al comandante. A Regan le gustaban demasiado las mujeres, aunque nunca le había pedido a ella que pasase la noche

en su camarote. Con despecho, Ida se preguntó si Regan no la consideraba lo suficientemente atractiva. No es que le importase mucho dormir alguna que otra vez con aquel imbécil, sino que la ofendía el hecho de no ser incluida en sus pensamientos eróticos.

Bajó hasta el nivel del acuartelamiento y llamó a sargento Ugarga, quien acudió ante ella, corriendo y sudoroso. Llegaba una fusta eléctrica en la mano. Ida le transmitió la orden de Regan y el sargento, de mala gana, le prometió que tasaría a las reclutas el deseo del comandante.

—Esas mujeres de Howarna son extrañas, capitán —dijo Ugarga —. No quieren relacionarse con sus otros compañeros. Siempre están con los nativos que trajimos con ellas.

En aquel momento sonaron las sirenas y los soldados rompieron filas y las compañías se retiraron a sus respectivos pabellones. Garh siguió con la mirada a los reclutas, que se distinguían de los veteranos por los pañuelos rojos anudados al cuello.

—¿Qué tal se comportan?

El sargento se encogió de hombros.

—Son difíciles, señora. Muy orgullosos. No les ha sentado nada bien el alistamiento forzoso. Creo que si no fuera por el acondicionamiento que reciben durante el sueño serían imposibles de gobernar.

—¿Y el recluta llamado Lars Nolan?

—Es el peor. Ya ha recibido varios castigos. Recuerdo sus instrucciones y no le someto al régimen disciplinario que me habría gustado, pero por mi gusto le desollaría la espalda.

Y el sargento se preguntó qué le habría hecho cambiar de opinión a la capitán últimamente. Él había pensado que aquel tipo recibiría toda suerte de castigos a causa del acto de hostilidad hacia la capitán en la aldea Lamba. Y. también así lo había prometido ella.

Pero luego Garh le prohibió tajantemente que castigara en exceso a Lars Nolan, excepto cuando su comportamiento hiciera totalmente imposible eludir el correctivo.

La capitán Garh encendió un largo cigarrillo, que el sargento miró con avidez. Era de aquellos cargados de dosis euforizantes, de alto precio, que sólo los oficiales podían costearse. Ida sonrió al notar la mirada ansiosa de Ugarga y le entregó uno, que el

suboficial aceptó con una amplia sonrisa.

—Sargento, dentro de unos días someteremos a los reclutas a unas revisiones rutinarias. El comandante quiere saber si entre ellos tenemos a algunos con un I. Q. elevado, para ser trasladado a los equipos técnicos —Garh sonrió—. Me gustaría que sólo dos o tres reclutas pasaran las pruebas satisfactoriamente. Por supuesto, no quiero que Nolan abandone las fuerzas de asalto. ¿Entendido?

El sargento había encendido el cigarrillo y extasiado expulsó una densa bocanada. Asintió y dijo:

—No se inquiete, capitán. Déjelo todo de mi cuenta.

—Así lo espero. Creo que llegaremos dentro de unos días al punto previsto para salir del hiperespacio. Entonces estaremos a dos horas luz de Kasartel. Allí nos espera un crucero imperial que nos surtirá de toda clase de datos referentes a los rebeldes.

—¿Qué tengo que hacer ante la reticencia de los reclutas a confraternizar con sus demás compañeros, capitán? Tal cosa no gusta a los veteranos y temo incidentes.

—Déjelos por el momento, sargento. En cambio, extreme los correctivos hacia ellos. Cuando esta noche se implante el descanso me gustaría que usted mismo acompañase al recluta Lars a mi camarote.

El sargento asintió y trató de sonreír. La capitán se alejó y Ugarga le lanzó una mirada cargada de resentimiento. Podía eludir el encargo del comandante, alegando que ninguna de las muchachas quería acudir a su camarote. Pero no podía, en cambio, desatender la petición de la capitán.

Lentamente caminó hacia el pabellón donde estaban alojados en su mayor parte los reclutas, compartiendo el local con dos compañías de veteranos.

Lars Nolan vio al sargento entrar y quedarse en la puerta, fumando lentamente un largo cigarrillo.

Estaba sentado en su litera y crispó los puños. Su compañero. Gorgolei, le susurró:

—Cálmate, amigo. Yo también siento que la sangre me hierve en las venas ante la visión de esa hiena, pero me contengo.

—Algún día le cogeré a solas y nadie le reconocerá.

—Seguro —intervino Diana, una chica corpulenta y de gran belleza, desde la litera más cercana—, pero mientras tanto procura

que no descubra tu odio hacia él.

Los cincuenta y seis nativos de Howarna estaban muy unidos y rechazaban el más mínimo contacto con los demás soldados de asalto humanos, humanoides y semimonstruos.

Lorimer, un pequeño pero fuerte granjero, se acercó y dijo:

—Eh, chicos. Tengo noticias. He hecho amistad con un humanoide de Casiopea. Me ha contado cosas interesantes.

—Creí que todos estábamos de acuerdo en no hacer amistades —protestó Gorgolei.

—Déjale y que cuente lo que sepa —le atajó Lars.

—Pues mi amigo el de Casiopea —siguió diciendo Lorimer— dice que muchos soldados están descontentos. Llevan un montón de meses combatiendo y todos creían que iban a tener un largo permiso cuando se detuvieron en nuestro mundo y ahora nos dirigimos a otro para castigar a algunos locos que se han atrevido a alzarse contra el emperador.

—Eso ya lo sabíamos —rezongó Gorgolei.

—Pero, nadie sabe que nuestro destino es Kasartel, Allí se está cociendo algo gordo.

—¿Y qué? No entiendo ahora nada…

—Los kasartelanos son más fuertes de lo que muchos piensan. Si nos desembarcan allí podemos fugarnos, unirnos a los rebeldes y esperar hasta que consigamos una nave para regresar a nuestro mundo.

—Estás delirando. ¿Qué te hace suponer que esos rebeldes disponen de naves? Lo más, seguro es que nos frían apenas desembarquemos.

—Chist —susurró Diana viendo acercarse al sargento.

Todos callaron, y cuando Ugarga se detuvo delante de ellos, se pusieron firmes. El sargento buscó a Lars y le dijo:

—Vístete y sígueme, recluta.

Lars palideció. Pensó que aquella bestia con galones le estaba preparando algún castigo. Crispó los puños y avanzó un paso.

El sargento echó mano a su fusta eléctrica y la blandió delante de la cara de Lars, advirtiendo:

—No hagas ninguna tontería, recluta. Volverás sano y salvo aquí dentro de un rato si no cometes ninguna tontería.

Lentamente, Lars tomó su uniforme de paseo. Seguido por las

curiosas miradas de sus compañeros, caminó tras los pasos del sargento Ugarga.

CAPÍTULO IV

Lars fue materialmente empujado por el sargento y luego sintió detrás suyo cerrarse la puerta. Al mirar vio a Ida Garh, que sentada en el borde de la cama le dirigió una mirada cargada de socarronería.

Ella dijo:

—Adelante, recluta Nolan.

—¿Para qué me ha traído aquí, capitán?

Garh soltó una carcajada.

—Vamos, Nolan. No sea ingenuo. ¿Es que no comprende que le estoy dando una oportunidad para redimir su estúpida actitud en Howarna?

Lars le lanzó una mueca despectiva.

—¿De qué forma, señora?

La mujer se incorporó y yendo hasta una pequeña alacena la abrió y sacó una botella y dos copas, que llenó de un líquido ambarino, hasta los bordes. Tendió una a Lars, diciendo:

—Hágame gozar esta noche y olvidaré que por un momento le odié y quise matarle, Lars.

—No me atrae usted, capitán.

Garh se mordió el labio superior ligeramente, pero intentó sonreír y con despreocupación dijo:

—Puedo ponerle eufórico en poco tiempo. Tengo experiencia. Y si lo prefieres, también dispongo de euforizantes. Podemos tutearnos, al menos aquí. ¿No has pensado que contando con mi protección tienes algunas posibilidades de regresar sano y salvo a tu mundo?

Le pasó la mano por el cuello y empezó a atraerlo. Lars le dejó, pero cuando sus labios estaban cerca de los de Ida, la empujó violentamente, arrojándola sobre la cama.

Antes de que la capitán pudiera reaccionar, Lars se había

apoderado del láser de ella que estaba colgado junto con otras prendas de una percha.

—Quieta —susurró él apuntándola.

Ida, roja de ira, jadeó:

—Maldito perro. Te haré pedazos, te arrancaré la piel a tiras y te pondré bajo los rayos cósmicos…

—Ya está bien. Ahora harás lo que yo te diga.

—Estás loco. ¿Qué pretendes?

—No lo sé muy bien, pero al menos intentaré escapar de esta cárcel de acero llena de sanguinarios sicarios del imperio.

La tomó de un brazo y la levantó, empujándola hacia la salida.

—Si en algo te estiman tus soldados no se atreverán a atacarme. Tú irás delante y al menor movimiento te abraso.

Salieron al pasillo. Estaba desierto y por un momento Lars se sintió mareado De pronto se daba cuenta de la desesperada acción que estaba cometiendo. Quizá habla sido demasiado impetuoso, pero ya no podía volverse atrás.

Mientras caminaban por el pasillo se sintió abrumado ante el pensamiento de la inmensidad de la nave. No tenía ni la más ligera noción de dónde se encontraba. El sargento le había llevado allí después de hacerle correr durante casi veinte minutos por niveles y secciones del acorazado, de cuya ruta no tenía la más ligera noción que recordar.

De pronto se cruzó con un par de soldados, que le miraron sorprendidos. Al detenerse, la capitán los despidió con un gesto y unas pocas palabras imperiosas. Entonces Lars comprendió que ella había dado la voz de alarma. En pocos instantes se conocería hasta en el último rincón de la nave que la oficial Garh era prisionera de un recluta.

Abrumado, Lars se distrajo. Había olvidado que Ida era una mujer acostumbrada a situaciones difíciles y al combate. Ella se movió rápidamente y le propinó un golpe en el cuello.

El hombre se tambaleó y retrocedió, pero no soltó el arma. Escuchó pisadas detrás suyo y al volverse un poco vio correr hacia él a varios soldados, con Ugarga al frente. Les hizo un disparo varios metros delante de ellos y se detuvieron.

Se giró y detuvo la acción de Ida de abalanzarse contra él.

—Ya has cometido demasiadas tonterías, Nolan —silabeó Garh

—. ¿Por qué no te entregas?

Lars se vio rodeado de soldados. Siguió apuntando con el láser a la mujer. Podía matarla a ella y a unos cuantos más, pero pensó que sus propios compañeros pagarían por él más tarde.

Arrojó la pistola al suelo y se dejó prender. Sintió cómo los grilletes de energía rodeaban sus muñecas. Al levantar la cabeza se enfrentó con la colérica mirada de Ida.

—Te arrepentirás de esto —dijo la capitán—. Nadie me ha humillado como tú.

El howarniano se encogió de hombros.

—Puedes arrojarme al espacio. Seguro que allí estaré mejor que entre tus brazos.

—Oh, no confíes en una muerte rápida. Te castigaré en presencia de toda la tropa, luego ordenaré que te curen y cuando estés recuperado volverás a padecer dolor. Y así una y otra vez, hasta que maldigas el día en que naciste.

Con un brusco gesto de Ida, los soldados se llevaron a Lars, arrastrándolo por el suelo.

Ida contempló cómo se llevaban al rebelde, respirando entrecortadamente. Se sentía humillada. Pronto en toda la nave sabrían que un miserable recluta la había rechazado y seria el hazmerreír de todos.

Casi ciega por el furor, Ida se dirigió a su habitáculo. Entonces vio correr unas patrullas de mantenimiento. Vio al teniente Garnord, a quien hizo una señal para que se detuviese.

—¿Qué sucede, teniente? ¿A qué viene este tumulto?

Garnord estaba muy pálido y replicó con rapidez:

—Capitán, ha ocurrido una desgracia en los niveles de cultivos hidropónicos. El líquido nutritivo ha sido contaminado y hemos perdido un ochenta por ciento de los alimentos. Y los módulos de conservación de alimentos proteínicos están inundados por gas metano.

—¿Cómo es posible?

—¡No lo sabemos! Pensamos que es un sabotaje. ¿Comprende la terrible situación en que nos encontramos?

Ida asintió y le dio permiso para que se retirase. La «Visnú» se quedaba prácticamente sin alimentos suficientes para tan numerosa tripulación.

Cuando el sargento le preguntó si el castigo contra el insubordinado Nolan podía dar comienzo, ella, de mala gana, tuvo que posponerlo. Ante la inesperada crisis surgida, el comandante había convocado una reunión urgente de oficiales.

Ida llegó cuando ya todos los oficiales estaban formados alrededor del estrado que ocupaba Brad Regan.

El comandante no se anduvo con rodeos y dijo:

—El teniente Garnord acaba de entregarme su informe respecto a los daños producidos en los cultivos hidropónicos y las reservas proteínicas congeladas. Prácticamente nos hemos quedado reducidos a nada en cuestión alimenticia. Tenemos comida para dos semanas si reducimos las raciones a un tercio. Y además tendremos que procesar algunos alimentos en avanzado estado de descomposición y consumirlos. También deberemos someter a reciclaje los productos residuales para recuperar agua potable y otros elementos.

Ida Garh frunció el ceño, estuvo a punto de decir algo, pero optó por seguir escuchando.

—En las actuales circunstancias la efectividad de esta nave es prácticamente nula. Estoy considerando la posibilidad de salir del hiperespacio en breve, ponerme en contacto con el mando supremo y solicitar permiso para retornar a la base.

—Comandante, ¿no podemos adelantar la reparación de los campos y obtener alimentos frescos mediante un proceso acelerado? —preguntó Ida.

Regan la miró de mal talante, trató de forzar una sonrisa y dijo:

—Eso se está intentando, capitán. ¿Es que usted insinúa que prosigamos adelante contando con tan escasos alimentos? No es esa la mejor forma de enfrentarnos a una campaña.

—Señor, lo ocurrido, según los indicios, ha sido causa de sabotaje o negligencia. Creo que es lo primero, pero si este desastre ha sido provocado por descuido, pienso que la tripulación es merecedora de un castigo, como verse privada de parte de sus alimentos y comer su propia mierda.

Estalló un murmullo entre los oficiales y el comandante atajó con un ademán. Mirando fijamente a la capitán inquirió:

—¿Qué haría usted si se demostrase que se trata de un sabotaje?

—Tomaría medidas para descubrir quién o quiénes han los

culpables.

—Dudo que se confiesen, ¿no?

—Desde luego. No creo que se delaten a sí mismos, pero lo harán obligados por sus compañeros. Como jefe de las tropas de asalto le prometo, señor, que si ha sido alguno de hombres no tardaré en descubrirlo. Les haré sudar y cansar, laceraré sus carnes y les obligaré a comer carne putrefacta y excrementos, hasta que delaten a los culpables. Existe cierta solidaridad entre ellos, pero yo la romperé. Seguro algunos podrán decirme qué compañeros han estado ausentes de los cuarteles en las horas en que se produjeron las anomalías en los cultivos hidropónicos y los módulos de conservación —miró a sus compañeros duramente—. Cada oficial deberá comportarse de igual forma con sus respectivas secciones.

Regan movió la cabeza.

—Sería una locura seguir en semejantes condiciones. Opino que deberíamos detenernos, informar y regresar.

—¡No! —Gritó Ida—. Eso es precisamente lo que pretende el causante del sabotaje. Además, sólo tenemos que resistir unos pocos días con escasa comida. Recuerde, comandante, que un crucero imperial nos espera cerca de Kasartel. De él podemos tomar alimentos y cumplir con las órdenes del mando supremo. Y poco tiempo después tendremos nuestros propios cultivos en pleno funcionamiento.

—Pero antes que avistemos Kasartel habremos descubierto a los culpables, señor, si se demuestra que lo ocurrido ha sido provocado.

Violentamente, Regan asintió.

—Seguiremos adelante, capitán Garh. ¡Teniente Garnord! ¿Cuándo podrá decirnos si se trata de un sabotaje?

—Dentro de unas horas, señor.

—Bien. Esperaremos hasta entonces para proceder —Regan miró a Ida—. Pero hasta entonces le prohíbo, capitán, que lleve a cabo cualquier gesto de animosidad contra cualquier miembro de esta nave. ¿Lo ha entendido?

—Señor, tengo pendiente un castigo a un soldado. Su falta fue grave y…

—¡He dicho que ningún castigo directo por el momento! —gritó el comandante, levantándose y dando por terminada la reunión.

Salió de la sala precipitadamente y Garh dijo a Garnord:

—Dese prisa con sus investigaciones, teniente.

Un oficial de máquinas, el capitán Ombur, la miró iracundo.

—¿Qué demonios te ocurre, Ida? ¿Por qué no has dejado al jefe que ordene el regreso a la base? Esta misión es insoportable ya incluso antes de entrar en combate. ¿Qué interés tienes?

—Ocúpate de tus máquinas y asuntos, Ombur.

—Algún día te ajustaré las cuentas, mujerzuela.

Ida, sintiendo que la sangre le hervía, le escupió y dijo ante varios testigos:

—No puedo retarte ahora porque lo impide el reglamento, Ombur, pero cuando desembarquemos te abriré en canal con mi daga.

Hizo el gesto de promesa usual entre los oficiales. El teniente Lahmer se ofreció como testigo. Sería quien recordaría a ambos capitanes su compromiso para cuando llegase el momento adecuado.

En su habitáculo, Ida llamó al sargento Ugarga por medió del comunicador. Cuando la cabeza grotesca del suboficial apareció en el globo, ella le dijo:

Sargento, toda la tropa queda acuartelada hasta nueva orden.

Le explicó someramente lo tratado en la reunión.

—¿Qué hay respecto al castigo de Nolan? —preguntó Ugarga.

—Queda suspendido por el momento —se lamentó Ida—. Quiero que sean vigilados los reclutas. Sospecho que si ha existido sabotaje ha debido partir de ellos. ¿Cuál es su opinión sargento?

—Estoy confundido, señora. En las horas que debieron ocurrir los hechos faltaban muchos soldados. Era periodo nocturno libre de descanso y muchos suelen visitar amistades otros niveles y…

—Lo sé, lo sé. Pero estoy segura que alguno habrá visto algo sospechoso en algún compañero.

—Nadie hablará, aunque sepa con certeza quién ha sido. —Conozco las costumbres, pero los someteremos a tales pruebas que romperemos su compañerismo.

—Señora, los veteranos son rechazados por los reclutas, pero ni siquiera por despecho los delatarían si éstos fueran saboteadores.

Ida rió roncamente.

—Eso está por ver. Sólo espero la autorización del comandante para llevar a la práctica unos proyectos.

CAPÍTULO V

—¿Por qué no te comportaste más sensatamente con esa bruja? —le interpeló Diana.

—Ahora me doy cuenta que fui inconsciente, pero entonces no pude contenerme —repuso Lars—. No podré soportar esto mucho tiempo, amigos.

—Conseguirás que te maten antes de entrar en combate —gruñó Lorimer.

—Lo extraño es que a Lars no lo hayan echado al espacio ya —dijo Gorgolei—. No me explico cómo no lo han castigado.

La cola para recoger comida avanzó un poco. Cada uno sostenía su bandeja de metal. Los soldados pasaban por su lado con la comida recién recogida. Empezaron a escuchar las primeras protestas.

—¿Qué pasa? —preguntó Diana—. Los veteranos no parecen contentos con el rancho de hoy. Creí que estaban acostumbrados a todo…

Los rumores de protestas arreciaron y los suboficiales gritaron demandando silencio, blandiendo sus fustas en el aire y surcándolo de trazos de chispas.

Cuando Lars llegó hasta el mostrador y el surtidor automático le arrojó la comida a la bandeja frunció el ceño y comprendió el malestar que cundía.

La bazofia de la bandeja olía mal. Era una pasta verdusca de vegetales y un trozo de carne con pésimo aspecto. Incuso la dosis de agua presentaba un tono oscuro.

Lentamente, Lars ocupó su sitio de costumbre en la mesa. Poco a poco se le fueron uniendo sus compañeros. Gorgolei arrojó con rabia la bandeja y parte de la comida salpicó el tablero.

Un sargento apareció a su lado y le golpeó con la fusta. Gorgolei cayó de la silla, lanzando un grito de dolor. Lorimer tuvo que

sujetar a Lars para impedir que atacase al suboficial, que sin más se alejó para aplastar otro foco de protestas.

Diana ayudó a Gorgolei a sentarse. El muchacho tenía una línea roja que le cruzaba toda la mejilla derecha.

—Calmaos todos —pidió Lorimer—. La cosa se pone fea y los sabuesos están tan nerviosos que no me extrañaría que dejasen las fustas y amartillasen las pistolas.

Llamaban sabuesos a los sargentos. El peor de todos era Ugarga, quien en aquel momento, a la vista del cariz que estaban tomando las cosas en el comedor, ordenó a sus sicarios que se replegasen hasta la entrada, formando a su alrededor un apretado grupo, defendido éste por la sección armada de servicio.

—¡Esta carne está llena de gusanos! —gritó alguien.

Ugarga había tomado un rifle y disparó contra el que había gritado. El soldado, un veterano, se desplomó a causa de la descarga síquica. Cuando despertase, lo haría con un gran dolor de cabeza y los huesos le temblarían durante varias horas.

El sargento mayor tomó el micrófono y dijo, rugiendo su voz por encima del griterío cada vez más tumultuoso:

—¡Silencio! No quiero escuchar una queja. Ésa es la comida que hay y también la que os merecéis. No hay otra. Alguno de vosotros ha provocado esta situación. Y así seguirá hasta que lleguemos a nuestro destino. Supongo que si alguien sabe quién ha sido el causante no dudará en comunicarlo a los oficiales para que sea castigado quien os obliga a comer esto.

Todos callaron. Los soldados de la guardia aprestaron sus armas. Y éstas no eran de castigo, sino mortíferos låsers. Ugarga sonrió burlonamente. Frente a él había casi tres mil soldados, cada uno con una bandeja delante con pestilente comida.

—¡Comed! —Gritó Ugarga—. Quiero veros a todos comer.

Lars tomó su bandeja y la arrojó al pasillo. Ugarga se y miró en dirección adonde había sonado el estrépito, de que pudiera localizar al autor, cientos de bandejas arrojadas al suelo. Los que quedaron vencieron sus temores y también hicieron lo mismo. Ni un solo soldado quedó con su bandeja.

Rojo de ira, Ugarga abrió y cerró la boca varias veces. Se sentía incapaz de reaccionar. ¿Cómo empezar a castigar a aquellos hombres y mujeres que se atrevían a desafiarle? No Trataba de un

caso aislado, sino de una demostración masiva de desobediencia.

Protegido por los guardias, Ugarga y los demás sargentos salieron del comedor seguidos de un brutal abucheo.

Lars saltó encima de una mesa y pidió atención y silencio, alzando los brazos. Cuando lo hubo conseguido, dijo:

—Amigos, los oficiales no carecerán de buenos alimentos. Seguro que las deficiencias han sido provocadas por su negligencia y quieren achacarnos a nosotros los problemas que ellos deben solucionar. Estoy seguro que todo es una excusa. Además, por lo que he averiguado, vosotros ya habéis combatido bastante y, os merecéis un descanso. ¡Esta nave debe volver a su base inmediatamente y no proseguir su periplo hacia otro mundo para combatir a enemigos del emperador!

Estallaron algunos murmullos aprobatorios, pero los más veteranos fruncieron el ceño, al parecer no muy contentos con las palabras de Lars, un recién llegado que intentaba convertirse en una especie de líder de la totalidad.

—No pueden obligarnos a comer carne putrefacta —siguió diciendo Lars, hablando con rapidez, consciente de que no sería perder la pequeña ventaja que había logrado—. Sé que existen reservas para regresar a un mundo civilizado y conseguir comida además de reparar las averías. Para unos pocos días podemos comer decentemente, pero no sería posible hacerlo a lo largo del tiempo que precisamos para alcanzar nuestro destino. Los jefes deben saber que no somos animales y nuestros estómagos no están hechos para tragar porquerías. ¡Debemos negarnos a comer! Así comprenderán que no somos chivatos y no tendrán más remedio que ordenar el regreso.

Muchos gritaron alborozados, pero las compañías de élite seguían permaneciendo calladas. La mayoría eran humanoides, de mente abotargada, fanáticos. Hacia ellos les dirigió Lars la próxima oratoria.

—Queremos luchar por el imperio, por el emperador. Y para brindarles victorias debemos estar en óptimas condiciones para combatir. ¡El comandante debe conocer la actitud de los sargentos y el estado deleznable de la comida! ¡Viva el imperio!

Ahora nadie dejó de corearle y gritarle con entusiasmo, incluso los más recalcitrantes veteranos se pusieron de parte de Lars. Desde

un rincón alguien le preguntó qué debían hacer.

—Seguir negándonos a tomar alimentos en malas condiciones.

Añadió que debían observar más disciplina que nunca luego terminó recomendando que cada compañía se acuartelase, que aquella jornada nadie intentase salir de sus áreas.

Mientras se dirigían a los dormitorios, todos los aborígenes de Howarna rodearon a Lars. Gorgolei dijo:

—Muchacho, no te suponía con tanto atractivo político. ¡Te los has metido en el bolsillo!

Lars resopló, ahora más sereno.

—Lo he pasado fatal. Sobre todo por culpa de las compañías de élite. Creí que iban a saltar sobre mí para hacerme añicos.

—Sí, debemos tener cuidado con ellos. Son fieles al emperador —asintió Diana—. ¿Qué te propones, Lars?

—Si está en mis manos voy a provocar una revuelta. Y creo que podremos conseguirlo —se detuvo y echó un vistazo a sus compatriotas—. Quien tuvo la idea de sabotear las reservas de comida merece nuestra gratitud. Por cierto, ¿quién de vosotros fue?

Ante el silencio de todos, Lars soltó una carcajada y dijo:

—Vamos, siempre he estado seguro de que alguno de vosotros lo hizo. No me explico cómo los oficiales no han sospechado de nosotros antes que nada.

—Creo que ninguno de Howarna ha sido, Lars —dijo Lorimer—. Aquel día estábamos todos juntos. Sólo faltabas tú y acababas de salir con el sargento al ser llamado por la capitán Garh.

Perplejo, Lars miró a sus compañeros. Se encogió de hombros.

—Bien, entonces otro habrá sido. Pero seguro que ha sido alguien de las tropas de asalto.

Se acomodaron en sus literas y Lorimer preguntó:

—¿Qué pasará ahora?

—No estoy muy seguro, pero espero que los oficiales sigan cometiendo una torpeza detrás de otra y los ánimos estén cada vez más alterados.

* * *

Ante el informe de lo sucedido, el comandante golpeó rabiosamente con su puño la mesa y miró iracundo a la capitana Garh.

—Además, me han dicho que un soldado se dirigió a la tropa en el comedor, apenas se marcharon los suboficiales y guardias. ¡Los arengó y dio ánimos para seguir desobedeciendo! Desgraciadamente no ha podido ser localizado, pero esto es intolerable.

—Así es, señor —repuso muy tranquila Ida—. Por lo tanto solicito su permiso para imponer la disciplina cuanto antes.

—¿Cómo? Si esto no se arregla pronto vamos a entrar en combate con una baja moral en las tropas. Están previstos desembarcos inmediatos y sería una locura llevarlos adelante en tales condiciones.

—Admito que estoy desagradablemente sorprendida, señor —dijo con evidente malestar la capitán—. Mis hombres están habituados a obedecer sin rechistar. Estaba convencida de que hubiesen comido lo que se les sirvió, aunque revolviese el estómago, y luego se habrían puesto de acuerdo para entregar al saboteador. Pero…

—Se equivocó, capitán —se burló el comandante Regan—; Debimos haber regresado cuando aún era tiempo. Ahora ya es tarde para hacerlo. Estamos más cerca de Kasartel que de la base. Y ese cabecilla está ahí soliviantando los ánimos…

—Todos han visto a ese loco, señor. Me dirán quién es.

Regan asintió con la cabeza.

—Haga eso al menos: castigue al aficionado a mítines. Tiene mi permiso, capitán. ¿Cómo piensa conseguir que le delaten? ¿No teme que todos callen?

Garh sonrió con crueldad.

—Creo que él mismo se delatará. Si ha ganado prestigio con sus palabras lo perderá al callar, cuando vea que castigamos a diez soldados elegidos al azar.

Regan razonó:

—Ojalá no se equivoque ahora.

* * *

En la gran explanada de ejercicios estaban formados todos los soldados de asalto, excepto la compañía elegida para mantener el orden. Delante se habían colocado unos postes de acero.

Lars no sabía a qué se debía todo aquello y un veterano le informó:

—Es un castigo horrible. Atan al soldado al poste y éste despide radiaciones que van aumentando lentamente. Primero se quema la piel del que está junto al poste, luego llega a la carne y así hasta que lo mata, si el proceso no es detenido. Pero el daño no tiene remedio y el desgraciado que sea sometido a ese castigo está condenado a muerte.

Lars arrugó el ceño, preocupado. En aquel momento entró la capitán Garh, seguida de los oficiales de tropas de asalto. Los soldados de servicio se situaron estratégicamente bajo las órdenes de los sargentos.

Garh se situó sobre una plataforma y dijo hablando por el micrófono:

—Se elegirá a uno de vosotros y lo colocaremos en el poste. Ya conocéis los veteranos cómo funciona esto. A los nuevos les diré que dudo exista otra forma de morir más terrible. Sólo detendré el castigo cuando dé un paso adelante quien ayer se atrevió a arrojar primero la comida, que es quien luego se dirigió a sus compañeros instándoles a seguir desobedeciendo. También quiero que el causante del sabotaje tenga el valor de mostrarse. En caso contrario irán sufriendo el proceso del poste hasta diez soldados. Eso será hoy. Mañana se repetirá lo mismo, y así hasta que yo conozca los rostros de los miserables cobardes que permanecerán callados mientras mueren sus compañeros.

Hizo una señal y un teniente se adelantó y gritó un nombre.

Nadie salió de entre las filas, y a una indicación de Ugarga, los guardias sacaron a rastras al llamado. Era un humanoide de piel de reptil y se debatió con todas sus fuerzas. Acudieron más soldados y entre más de media docena consiguieron reducirle y atarlo con las bandas magnéticas al poste.

El castigo no se hizo esperar y la misma Ida apretó el botón que permitía la salida de las radiaciones del poste.

El desgraciado comenzó a gritar, al mismo tiempo que su verdosa piel empezaba a desprender diminutas columnas de tumo y un pestilente olor a cuero quemado se esparcía.

Sin que sus compañeros que estaban cerca de él pudieran Impedirlo, Lars salió de la fila y se plantó delante de la capitán.

—Yo soy quien arrojó la comida y habló a los soldados —dijo con desafiante mirada.

Garh hizo una mueca y le escupió.

—Debí figurarme que se trataba de ti —alzó la mano para detener las radiaciones del poste—. Ahora quiero que salga el saboteador.

—También fui yo —sonrió Lars.

Ida le miró furiosa.

—No podías ser tú.

—¿Por qué no? —Sonrió Lars desafiante, sabiendo que ella no se atrevería a añadir que él había estado en su habitáculo—. Me confieso culpable de haber hecho esos sabotajes. ¿Cómo puede usted negarlo?

La capitán asintió.

—Está bien. Como tú quieras —miró al sargento—. Ugarga, condúcele a una celda. Informaré al comandante y él decidirá el castigo.

Cuando Lars pasó ante sus compañeros, se detuvo un instante.

—¿Por qué lo has hecho? —Preguntó Lorimer—. Nadie te habría delatado.

Ugarga le amenazó con la fusta, pero debió asustarse de la animosidad de los soldados y la bajó, gritando a continuación a los soldados que conducían a Lars para que se lo llevasen de allí cuanto antes. Ames de alejarse, Nolan respondió:

—Es mejor así; pero no debéis ceder. Seguid rechazando la bazofia, que se la coman ellos.

Del fondo de las formaciones surgieron rugidos de descontento y Garh palideció ligeramente, al mismo tiempo que sintió un poco de miedo.

Incluso cuando cruzó delante de los soldados que estaban de servicio percibió en ellos miradas hasta ahora extrañas. Salió rápidamente del nivel de las tropas y corrió prácticamente para presentar el informe al comandante.

* * *

Rena Lante miró a sus compañeros. El corpulento Archer limpiaba su arma, con su a veces irritante tranquilidad. Curghan, alto y delgado, de cabellos tan rubios que parecía prematuramente canoso, mostraba en cambio un poco de nerviosismo.

Al lado de Rena permanecía Torganet, que al final había logrado

convencer a la chica para acompañarla.

—Quiero daros las gracias una vez más por acompañarme —dijo Rena—. Como sabéis, vamos a salir en seguida del hiperespacio. La operación es arriesgada, porque tendremos la superficie de Kasartel a menos de cien mil kilómetros. Es la única forma de burlar las posibles naves del imperio que están orbitando el planeta. Confío en lograr descender y ponernos en contacto en seguida con los rebeldes.

Tomó unos papeles de la mesa y consultó unos datos.

—Pude averiguar antes de partir que las fuerzas de Kasartel son bastantes y bien armadas, aunque no disponen de naves espaciales y mucho menos de estelares. Corremos el riesgo de que nos consideren espías, pero espero convencerles de lo contrario.

«Necesitamos de ellos para conocer la situación. Una vez logrado esto es posible que tengamos tiempo de situarnos en el lugar adecuado para esperar la aparición del acorazado «Visnú».

—Estamos de acuerdo en todo contigo, Rena —dijo Torganet—. ¿Por qué insistes en justificarte?

Ella sonrió.

—Arriesgo vuestras vidas, amigos míos.

—Lo sabemos, Rena —dijo Archer, guardándose la pistola.

—También pensamos en los demás amigos que se llevaron esos perros imperiales —añadió Curghan—. Debemos intentarlo todo para conseguir su rescate.

Ella asintió con la cabeza, emocionada. En realidad se sentía un poco miserable. No estaba allí para salvar a los que se llevaron, sino sólo porque estaba obsesionada en rescatar a Lars.

—Magnífico —dijo—. Disponemos de dos proyectores láser. Con esas armas los rebeldes accederán a ayudarnos. Será un intercambio beneficioso para todos.

—Creo que debimos acceder a que vinieran con nosotros todos los que se ofrecieron voluntarios, Rena —dijo Curghan.

—No podía ser. Necesitamos espacio para alojar a los cincuenta y seis compatriotas nuestros que nos secuestraron —le recordó Rena.

Y ella se preguntó si conseguirían salvarlos a todos. Tal vez era demasiado optimista, pero quería seguir creyendo que no iban a enfrentarse posteriormente con un doloroso fracaso.

Se dirigió al módulo de mando y se sentó en el sillón de pilotaje. Empezó a llevar a cabo las maniobras pertinentes para salir del hiperespacio.

CAPÍTULO VI

—La ejecución será mañana, capitán —dijo el comandante—. Puesto que los cargos son graves no será preciso consejo de guerra.

—¿Pública, señor? —inquirió Ida.

—Debería ser así, pero creo que podemos prescindir del reglamento para no exaltar más los ánimos entre los soldados y navegantes —gruñó Regan—. Lanzaremos al reo en privado.

Garh participaba de los temores del comandante, pero se rebelaba ante la idea de tener que admitir que las circunstancias les obligaban a ceder a causa de un vago temor hacia los soldados.

—Sería un error, señor —dijo pausadamente, mientras observaba atentamente las reacciones de su superior—. Los castigos siempre se han hecho en esta nave públicamente, para escarmiento de todos. Si ahora cambiamos las normas podemos evidenciar una debilidad que a la larga sería perniciosa.

—¡No quiero más problemas! Tenemos al saboteador que al mismo tiempo ha arengado a las tropas instándolas a la desobediencia.

—Señor, estoy segura que Lars Nolan pretendió convertirse en una especie de trasnochado cabecilla político, pero él no fue quien saboteó nuestros alimentos.

—Es igual. Se confesó culpable de ambos delitos y pagará por ellos —contestó Regan nerviosamente.

—Está bien —suspiró la capitán—. Pero no podemos lanzarlo al espacio mientras navegamos a supervelocidad lumínica, señor.

—Se hará dentro de veinte horas, cuando salgamos del hiperespacio.

Ida no pudo disimular su asombro.

—Llevo algunos días sin tener guardia en el puente, pero no había supuesto que estuviéramos tan cerca de Kasartel.

—Surgiremos del espacio normal en los límites del sistema

planetario de Kasartel, capitán. Además del crucero allí nos esperarán dos acorazados del tipo del «Visnú».

—Eso indica que la situación en Kasartel es mucho peor de lo que habíamos imaginado.

—Eso pienso yo también. Al parecer, el mando supremo, a la vista de la situación, ha procedido al envío de dos grandes unidades con fuertes dotaciones de tropas de asalto.

—¿Quién estará al mando de todas las unidades, señor? Regan adelantó el mentón y dijo altaneramente, evidenciando gran orgullo:

—Yo. Acabo de recibir la confirmación de mi ascenso a coronel apenas hace unas horas.

Ida sonrió con amplitud.

—Entonces debemos celebrar que hayamos desechado la posibilidad de regresar a la base, ¿no? —En el tono de sus palabras flotó una profunda ironía, que no pasó desapercibida a Regan.

—Es posible —replicó éste con acritud—. Si está pensando que debo darle las gracias por haber insistido usted tanto en seguir adelante, se las daré, capitán.

—Oh, no, señor. No es preciso. Me alegro de haberle servido.

—Puede retirarse, capitán. ¿Desea algo más?

—Creo que no. Solamente pedirle que deseo ser yo misma quien mande el pelotón de ejecución. Con gran placer veré el lanzamiento de Lars al espacio y presenciaré cómo explota allí.

—Desde luego. Dispóngalo todo.

* * *

Todos los howarnianos estaban aquella noche agrupados en el comedor. Aunque el resto de los soldados ocupaban sus respectivas literas, nadie dormía.

El escamoso ser de Casiopea se acercó a ellos y dijo:

—Tengo noticias.

Cuando estuvo seguro de que todos estaban pendientes de sus palabras, prosiguió:

—Dentro de cuatro horas saldremos del hiperespacio. La reunión con otras naves se producirá antes de lo previsto. Apenas estemos a velocidad planetaria ejecutarán a Lars Nolan.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lorimer al de Casiopea, que

sabían se llamaba Silormú y parecía simpatizar con ellos.

—Eso no importa —Silormú se humedeció sus escamosos labios —. También hemos averiguado que hay alimentos sanos y abundantes para cinco días. Y mañana estaremos junto a otros acorazados, los cuales nos pueden suministrar vituallas en abundancia. Todo el mundo se pregunta por qué siguen dándonos carne corrompida y legumbres contaminadas.

—¿Es que no conocéis la respuesta? —preguntó despectiva Diana.

—Sí, desde luego. La capitán Garh y muchos oficiales quieren castigarnos, humillarnos. Casi todos los soldados de asalto estamos cansados de esta situación, de que se nos trate como a parásitos.

Gorgolei cruzó una mirada de inteligencia con Lorimer.

—¿Todos piensan como tú? —preguntó.

—Casi todos. Sólo los componentes de la primera y segunda compañía serán fieles hasta la muerte al imperio. Son fanáticos. Escuchad. Dentro de tres horas nos despertarán para darnos el desayuno. A continuación nos llevarán para asistir al lanzamiento al espacio de Lars Nolan. Si la gente está para entonces lo suficientemente alterada, enfurecida por la comida que nos darán en el desayuno, podemos alzarnos contra esos malditos oficiales.

—¿Quieres decir que podernos apoderarnos de la nave?

—Sí. Sería factible si no existiera un problema.

—¿Cuál?

—Ninguno de nosotros sabe conducir una nave. Todos procedemos de reclutas forzosas y carecemos de conocimientos. Los exámenes que os hicieron hace unos días indican que algunos de vosotros tenéis conocimientos de navegación, aunque los negasteis para estar siempre unidos, ¿no es así?

Los howarnianos permanecieron un instante en silencio, pero Gorgolei acabó meneando la cabeza y dijo, cansado:

—Silormú quiere ayudarnos. Debemos confiar en él —miró al casiopeano y agregó—: Sí, amigo. Nosotros podríamos conducir esta nave. Sólo tenemos que decidirnos a elegir un destino.

—Podéis llevarnos a los Mundos Libres del Saco de Carbón. Allí el imperio no tiene ningún poder. Luego cada uno de nosotros se las arreglaría para regresar a sus mundos de origen. Entonces vosotros podéis ir a Howarna. ¿Qué os parece?

—Estamos dispuestos —sonrió Lorimer tendiendo la mano a Silormú.

—Magnífico —asintió el de Casiopea—. Ahora tracemos un plan de acción…

* * *

Entre cuatro soldados armados pertenecientes a la primera compañía, Lars Nolan fue conducido, esposado, hasta la esclusa situada en el centro de la explanada de ejercicios.

Un grupo de oficiales, con Garh al frente, aguardaba a la derecha de la esclusa.

Lars echó un vistazo a las demás compañías, formadas en hiriente silencio, que parecía caer sobre ellos pesadamente.

Descubrió a sus amigos y trató de dirigirles una sonrisa, pero apenas pudo conformar una mueca. En seguida pensó que veía en ellos una actitud extraña.

Los soldados que le conducían le hicieron detenerse a pocos metros de la esclusa. Sobre ésta habían instalado una gran pantalla visora, por la cual, sin duda, todos los asistentes podrían ver cómo él reventaría al hallarse en el vacío.

Como un lejano murmullo, escuchó al oficial Lahmer leer la sentencia de muerte. Al acabar, la capitán Garh, no pudiendo ocultar su satisfacción, caminó unos pasos hacia él y le preguntó:

—¿Tienes algo que decir, soldado Nolan?

—Sí, mujerzuela, que te pudras en el infierno —le escupió Nolan.

Garh palideció intensamente primero y luego enrojeció.

Respirando con dificultad, dijo al sargento Ugarga:

—Que se cumpla la sentencia.

Los soldados empujaron a Lars hacia la esclusa y la pantalla se encendió, mostrando el negro vacío estelar. Apenas hacía veinte minutos que se había salido del hiperespacio y el acorazado, después de contactar con la flota que le aguardaba, navegaba a una décima de velocidad lumínica hacia el encuentro.

La primera compañía estaba formada a un lado, con las armas descansando sobre sus hombros. Todos miraron con ansiedad la pantalla, como saboreando con antelación el espectáculo que iban a presenciar.

La primera compuerta de la esclusa empezó a abrirse. Como si aquello fuera un aviso, de las formadas compañías surgieron gritos de aviso. Antes de que nadie saliera de su sorpresa, una riada de soldados, con dagas en sus manos, se abalanzaron contra la compañía de servicio.

Los howarnianos eran expertos lanzadores de cuchillo y los soldados que pretendían empujar a Lars al interior de la esclusa cayeron al suelo con varios puñales clavados en sus cuerpos.

Lorimer saltó y se situó al lado de Lars. De un tajo desconectó las esposas magnéticas, tomó un par de lásers del suelo y tendió uno a su amigo, al tiempo que le gritaba:

—¡Vamos, que esto se va a poner al rojo vivo!

Lars quitó el seguro del arma y en seguida disparó contra dos oficiales que se dirigían hacia él mientras intentaban desenfundar sus pistolas.

Pasó por encima de los dos cadáveres y trató de descubrir a Garh. Pero la capitán se retiraba protegida por un grupo de soldados de la primera compañía que habían conseguido eludir el asalto masivo de los sublevados.

Muchos de éstos ya disponían de armas y conseguían anular la tímida réplica de oficiales y guardias de servicio.

Mientras tanto, Silormú, seguido de varios de sus más adictos compañeros, corría hacia la armería.

Allí les salieron al encuentro los centinelas, quienes lograron abrir fuego contra los amotinados. Cayeron algunos, pero los que llegaban atrás los abatieron.

Varios disparos en los cierres codificados hicieron que las pesadas puertas de acero se abriesen. Una riada de armas salieron de allí y en menos de cinco minutos todos los amotinados disponían de armas y abundancia de recargas energéticas.

La gran explanada era un caos. Los miembros de la primera compañía seguían resistiendo, prácticamente para proteger la retirada de sus oficiales, aunque muchos de éstos habían caído en manos de los amotinados y pronto fueron despedazados.

Los suboficiales que no lograron ponerse a salvo corrieron peor suerte, encontrando una muerte terrible a manos de los enfurecidos soldados, que descargaron sobre ellos todo el odio acumulado a lo largo de muchos años de mal trato.

—¿Cómo habéis conseguido esto? —preguntó Lars a Lorimer.

—Ni yo mismo me lo creo —contestó Lorimer riendo.

—Pues ya que estamos metidos en esto creo que debemos actuar sensatamente y no volvernos locos.

—¿Qué sugieres?

—Conquistar los puntos claves de la nave. El puente de mando, el módulo de comunicaciones, dominar al comandante y demás oficiales. Sobre todo, debemos impedir que pidan ayuda a las otras naves del imperio.

—Tienes razón —asintió Lorimer—. Además, la segunda compañía no se sumará a la rebelión y nos presentará combate.

Llamó a Silormú y le dijo que debían destacar grupos de soldados a los diversos puntos claves de la nave.

—Esos esclavos de la segunda compañía están en el nivel de los oficiales, defendiéndolos seguramente.

—¿Dónde están los transbordadores?

—En los niveles de popa.

—Entonces es preciso conquistarlos cuanto antes. Tenemos que evitar que huyan.

—No te inquietes, humano —rió Silormú estruendosamente—. Lo último que queremos es que esos oficiales escapen.

Al frente de un grupo de insurgentes, con casi todos sus compatriotas integrados en él, Lars corrió por pasillos y niveles en dirección al puente de mandos. Antes de llegar allí destacó a varios hombres y mujeres al módulo de comunicaciones.

Diana desbordó la débil defensa y se apoderó de él. Allí vio el cadáver de un oficial y detrás de unas consolas de comunicaciones descubrió al teniente Garnord, de mantenimientos, con una fea herida. Impidió que varios sublevados lo rematasen. Mientras ella pudiera impediría que el salvajismo de los soldados se abatiese sobre los prisioneros.

Muchos navegantes se unieron a los rebeldes. Cuando Lars entró en el puente ellos mismos habían acabado con sus oficiales y dijeron que el comandante Regan y la capitán Garh, así como otros, se dirigían a la popa de la nave.

—Quieren escapar —masculló Lars—. Debemos impedirlo.

Antes de salir del puente recibió una llamada de Diana. La chica le dijo que nadie había alertado a las otras naves del imperio, según

le había asegurado Garnord.

* * *

Ida Garh se volvió y efectuó un largo disparo con su láser, hasta que la pistola agotó la carga. Entonces la arrojó y tomó un rifle perteneciente a un soldado caído. Por el otro lado del pasillo no se asomaron más amotinados y ella apremió al comandante a seguir adelante, en dirección a los hangares.

Apenas les quedaban una docena de fieles soldados pertenecientes a la segunda compañía. Todos eran humanoides de ínfima escala y morirían antes que rendirse al enemigo. El sargento Ugarga la miró con ojos muy abiertos.

—Ugarga, destaque varios hombres, al hangar. Usaremos el transbordador mayor.

—Sí, capitán.

Luego prosiguieron el avance, pasillo arriba. Al lado de Garh caminaba, como un autómata, el comandante Regan. Sus ojos parecían desvaídos, como ausentes de vida.

Garh incluso tuvo que empujarlo, con rabia, para que caminase aprisa. Volvió el sargento diciendo que el camino estaba libre. Luego se dirigieron hacia una pequeña nave, que Garh sabía era la más veloz. A bordo de ella podrían alcanzar en poco tiempo la flotilla imperial y regresar rápidamente para impedir la huida de los amotinados.

El gesto de Garh se descompuso, cuando recordó que entre los oriundos de Howarna había algunos con conocimientos de navegación, que pese a todo habían seguido incluidos en las tropas de asalto, ya que ella misma ocultó las evidencias de sus conocimientos para que el comandante no ordenase su traslado a las secciones técnicas.

De todas formas confiaba en que los amotinados no podrían poner en velocidad superlumínica el acorazado en muchas horas y tal vez tendrían que dirigirse hacia el único planeta habitable del sistema, el planeta rebelde Kasartel.

El sargento sugirió que utilizasen los transbordadores mayores, para que todos pudiesen escapar, pero ella le dijo que usarían el pequeño y hacia él empujó al alelado comandante.

—Pero… Capitán, ahí no podremos ir todos…

—Hay sitio para cuatro —replicó señalando al capitán.

Ombur, quien renqueante les seguía, pese a su herida en la pierna derecha.

Abordaron la pequeña nave y antes de que los aturdidos soldados que les seguían pudieran reaccionar, Garh la condujo por el túnel de salida. Desde el interior accionó el sistema de compuertas e instantes después estaban en el espacio, alejándose velozmente del acorazado.

Entonces masculló en voz baja:

—Volveremos a encontrarnos, Lars Nolan.

CAPÍTULO VII

Rena Lante contuvo la respiración cuando el carguero surgió del hiperespacio escasamente a cien mil kilómetros de la superficie de Kasartel.

Luego parpadeó y pudo respirar tranquila. También hicieron lo mismo sus compañeros. La maniobra había sido muy arriesgada. Aparecer en el espacio normal tan próximo de un mundo suponía un gran peligro.

Archer y Curghan la felicitaron y ella les correspondió con una sonrisa alterada. Detrás, Torganet se secó el sudor de la frente. Pero cuando había empezado a relajarse, el detector la obligó a fruncir de nuevo el ceño.

—¿Qué sucede? —preguntó Archer.

—Unas naves se acercan a nosotros —murmuró ella—. Creo que son dos, no muy grandes. Por su volumen diría que son cazas imperiales.

—¿Cómo es posible que nos estuvieran esperando?

—No creo que nos aguardasen, sino que hemos tenido la mala fortuna de toparnos con ellas, porque debían estar por aquí patrullando.

—El planeta está muy cerca —dijo Curghan—. ¿Podremos escabullimos dentro de la atmósfera?

—Demonios, no lo sé. Son veloces y podrían alcanzarnos, pero intentaré despistarlos.

Pidió a todos que volviesen a asegurarse en los asientos y Rena anuló el piloto automático para tomar ella misma la dirección del carguero. Envió a Archer y a Curghan que se hiciesen cargo de los proyectores láser y que no dudasen en disparar contra los cazas apenas los tuviesen bajo el punto de mira de los computadores.

—¿Tenemos alguna posibilidad, Rena? —le preguntó Torganet.

—Muy pocas, si he de ser sincera. Sólo podemos confiar en

descender tanto que rocemos las copas de los árboles de Kasartel, si es que ahí abajo existen bosques.

Rena aceleró cuanto pudo y el carguero rugió al penetrar violentamente en la atmósfera. Los indicadores de la temperatura del casco subieron alarmantemente y ella temió por un instante que no resistiesen mucho tiempo aquella dura prueba.

A unos cuarenta kilómetros de la superficie estabilizó el vuelo y deceleró. Los detectores seguían indicando que los cazas seguían tras ellos, acortando distancias.

Echó un vistazo a las pantallas. La imagen ampliada les mostró densas selvas que discurrían velozmente bajo ellos. Vio algunas líneas plateadas que eran ríos, luego pasaron por encima de un mar o un lago muy grande, de nuevo las selvas y así siguieron.

—¡Nos disparan, Rena! —le gritó Archer desde su cabina.

Rena golpeó la dirección del carguero y éste se desplazó bruscamente a la derecha. Los rayos calóricos pasaron a pocos metros de ellos. Notó las vibraciones en la nave al disparar sus compañeros los proyectores láseres.

—Sus armas tienen más alcance que las nuestras en esta atmósfera, Rena —le gritó Archer—. ¿Es que no puedes quitártelos de encima?

Rena apretó los dientes y encendió la pantalla de popa. Con los aumentos a tope distinguió los dos cazas que les seguían. Vio los destellos intermitentes en sus proas. Disparaban sin cesar y ella no podía arriesgar continuamente la estabilidad del pesado carguero pretendiendo maniobrar en la atmósfera como si de un ligero caza se tratase.

De pronto parpadeó cuando el detector de largo alcance captó un haz guía a cien kilómetros. Procedía de un macizo montañoso. Voló hacia allí y luego surgió otro haz que parecía querer indicarle el camino hacia las llanuras que se extendían al otro lado de la cordillera.

Apenas hubo rebasado los últimos picachos y los cazas estaban aún sobre los montes cuando de la llanura surgió una cortina de rayos calóricos.

Por un momento Rena temió que les atacaban desde la superficie, pero los disparos iban dirigidos hacia los cazas, que incapaces de maniobrar, entraron en la zona cubierta por los rayos.

Uno tras otro, los cazas estallaron al ser alcanzados sus propulsores de plasma atómica. Mientras las bolas de fuego caían pesadamente, Rena localizó otro haz guía, que le indicaba claramente donde debía tomar tierra.

Vio una extensa planicie a la izquierda, deceleró y anunció a sus compañeros que iba a descender.

—¿Crees que se trata de los rebeldes? —preguntó, preocupado, Torganet…

—Espero que sí. Nos invitan a aterrizar, y creo que si no les obedecemos pueden acabar con nosotros fácilmente. Ya habéis visto lo que han hecho con nuestros perseguidores.

Curghan y Archer dejaron sus puestos de combate y entraron en el puente de mando. El primero dijo:

—Bueno, habíamos venido para entrar en contacto con los rebeldes, ¿no? Pues ahí abajo los tenemos.

* * *

Rena quedó sorprendida ante la organización de los rebeldes. El campo de aterrizaje sólo podía ser localizado desde el aire si desde él lo consentían lanzando los haces guía. Estaba muy bien camuflado y lejos de él se alzaba, entre abruptos montes, todo un poblado autosuficiente, con factorías, campos de cultivo, escuelas, hospitales y demás servicios.

Los kasartelianos recibieron con poco entusiasmo a los recién llegados. Mientras escondían el carguero debajo de unos cobertizos cuyo tejado simulaban el mismo tono seco del terreno, condujeron a los howarnianos al poblado.

Los rebeldes disponían de vehículos eléctricos, amplios y funcionales. Eran en su totalidad humanos y su aspecto era saludable. Hablaban poco y Rena consideró que debían ser prudentes, por lógica, con ellos.

Vieron gran actividad en la aldea y muchos grupos armados, que vigilaban grandes dispositivos defensivos.

El vehículo se detuvo delante de un edificio de dos plantas. En la puerta había un hombre montando guardia y en el vestíbulo les recibió una mujer joven y hermosa, que preguntó quién de los howarnianos hablaba en nombre de sus compañeros.

Rena se adelantó, presentándose, y luego fue diciendo los

nombres de sus compañeros. Cuando iba a empezar a explicar los motivos que les habían llevado a Kasartel, la mujer la interrumpió.

—Un momento. Me llamo Sara Benton y sólo soy una ayudante de nuestro líder, Romano Salet. Les recibirá en seguida y a él deberán contárselo todo. Por favor, síganme.

El edificio estaba lleno de funcionarios, máquinas y comunicadores. Subieron por una amplia escalera y tras cruzar un corto pasillo penetraron en un despacho. El hombre que hasta entonces había estado sentado tras una mesa se levantó. Tendría unos cincuenta años, alto y delgado. Su duro rostro intentó dulcificarse cuando estrechó las manos de los howarnianos.

—Bienvenidos a Kasartel —les dijo y mostró unas sillas.

Cuando estuvieron acomodados, agregó:

—Les descubrimos cuando surgieron del hiperespacio. Al principio pensamos que serían enemigos, pero cuando les siguieron los cazas imperiales sólo lo dudamos un poco antes de decidirnos a ayudarles.

—¿Lo dudaron incluso?

—Sí. Tenemos que ser prudentes. Hace poco se unieron al crucero enemigo dos acorazados más. Y creo que pronto llegará un tercero. Entonces tendrán tanta fuerza los imperiales que nos atacarán.

—El tercer acorazado es el «Vísnú» —dijo Rena.

—¿Cómo lo sabe?

—Por desgracia esa nave ha estado en nuestro planeta, Howarna, en donde secuestró a, cincuenta y seis de nuestros conciudadanos para enrolarlos en sus tropas de asalto.

—¿Y qué hacen ustedes aquí?

—Queremos ayudar a nuestros amigos.

Romano Salet la miró entre admirado y asombrado. No sabía qué decir, si llamar locos a aquel grupo o felicitarles por su fidelidad hacia sus amigos.

—Lamento decirles que su aventura es una quimera —dijo, resoplando, Romano.

—No pensamos así. Habíamos puesto nuestras esperanzas en que ustedes nos ayudasen.

—No sé cómo… En la superficie de Kasartel hasta ahora hemos sido invulnerables, pero carecemos de naves capaces de salir del

planeta.

»El imperio puede destruirnos, pero al mismo tiempo dejará inhabitable este mundo. Y eso no lo quiere, pero tampoco puede consentir que nosotros nos salgamos con la nuestra.

—¿Cómo consiguieron expulsarlos?

—En realidad nunca estuvieron aquí. El imperio nunca se posesionó de Kasartel. Era un planeta desierto cuando nosotros llegamos procedentes de los Mundos Libres de Saco de Carbón. Pensamos que pasarían siglos antes de que fuésemos descubiertos, pero no sucedió así. El marido supremo supo que nos estábamos asentando aquí y envió una pequeña expedición para someternos, a la cual vencimos. Entonces trajo un crucero y envió desde otros puntos los acorazados.

—¿Y las naves estelares que les trajeron aquí?

—Regresaron a Saco de Carbón. Volverán dentro de unos meses con otras remesas de colonos —el semblante de Romano se ensombreció por un instante—. Somos casi un millón, dispuestos a vender caras nuestras vidas y la libertad de que disfrutamos. El imperio no puede soportar una nueva derrota, pero tampoco mantener una constante guerra en un lugar tan alejado de sus bases. Si logramos frenar este ataque obtendremos la victoria definitiva. Se marcharán con el rabo entre las piernas y nos dejarán en paz para siempre.

—¿Así de sencillo?

—Sí. El Gran Imperio se tambalea y si no es tonto el mando supremo actuará lógicamente. Tiene otros frentes a los que atender, más vitales para ellos porque suponen nudos importantes de comunicación. La única preocupación para nosotros es obtener la victoria antes que regresen las naves con más colonos. Si el enemigo las descubriese podrían usarlas para conminarnos a rendirnos.

—Pero ahora son fuertes y dispondrán de muchas tropas de asalto —apuntó Torganet—. Incluso podrían vencerles en tierra…

—Sí, claro. Pero antes tendrían que localizarnos. Y nuestra situación es un secreto. Calculamos que entre los tres acorazados podrán disponer de más de diez mil combatientes, más que los que nosotros podríamos enfrentarles.

—Dijo antes que eran casi un millón. ¿Cómo disponen de tan pocos hombres para el combate?

—Carecemos de armas para todos, la mayor parte de nuestra población son mujeres y niños. Nuestro ejército apenas suma cinco mil hombres, aunque tenemos proyectores de calor y muchos láseres.

—Entonces deberían dejar de pensar en defenderse y pasar al ataque —dijo Rena.

Salet se acarició el mentón, pensativo.

—¿Podrían ustedes patrullar los espacios cercanos a Kasartel? Instalaríamos en su carguero mejores armas que las que llevan y un equipo de eficientes artilleros nuestros podrían acompañarles. Su pacífica nave se convertiría en una peligrosa unidad de combate.

—Señor Salet, nuestro propósito primordial es rescatar a nuestros compañeros. No queremos engañarles. ¿Al proponernos convertirnos en vigilantes de su mundo quiere decirnos también que están dispuestos a ayudarnos?

—Desde luego, aunque lo veo difícil. Me temo que sus compañeros serán incluidos entre los soldados que serán desembarcados para atacarnos. ¿Saben lo que quiero decirles?

—Sí —respondió Rena, deglutiendo—. Que es posible que tengamos que enfrentarnos a ellos, ignorando que los tenemos delante.

—Así es. ¿Es que tienen algún plan?

Rena, aturdida, abatió la cabeza. En aquel momento se percataba de lo fantástico que le parecían sus propósitos. ¿Cómo pudo ella esperar que podía rescatar a los raptados con una sola nave, un carguero, y enfrentarse a un poderoso acorazado del imperio?

Romano se levantó y les dijo calmosamente:

—En pocas horas podemos disponer su nave, amigos. Les sugiero que acepten ayudarnos. Mientras tanto podemos idear algún sistema eficaz para ayudar a sus amigos.

—Creo que el señor Salet tiene razón. Rena —dijo Torganet—. Hemos viajado muchos parsecs para volvernos con las manos vacías.

Ella se revolvió furiosa para mirar al gobernador de Howarna.

—No he pensado en rendirme. ¡Nunca volveré sin Lars!

En aquel momento entró la muchacha llamada Sara Benton. Hizo una indicación a Salet y ambos dialogaron en voz baja cerca de la puerta, durante un rato. Cuando la chica se marchó, el líder de

Kasartel regresó al lado de los howarnianos y les dijo, preocupado:

—Me acaban de informar que uno de los acorazados ha rehusado el encuentro con las otras naves del imperio que esperaban para reunirse con él. Por supuesto, es el «Visnú» y se dirige hacia aquí.

—¿Qué puede significar eso, señor Salet? —inquirió Rena.

—No lo sé. Estoy desconcertado. Pero las otras naves se aproximan también hacia aquí por el lado contrario y llegarán antes que el «Visnú». Se podría pensar que intentan atacarnos por dos flancos, pero es que también hemos captado un mensaje dirigido a los acorazados imperiales. Lo firmaba una tal capitán Garh y decía que ha estallado una revuelta en el «Visnú». Y esa capitán viajaba en un veloz transportador, con el que, al parecer, había escapado de la nave amotinada.

Torganet salió de su asiento como impelido por un resorte. Exclamó:

—¡Esa mujer fue la que desembarcó en Howarna y se llevó a nuestros amigos!

—No sé qué pensar —murmuró Salet meneando la cabeza—. Temo que todo se trate de una estratagema enemiga. Antes de un día podríamos tener encima el ejército de invasión, si por desgracia somos descubiertos. Pudiera ser que el enemigo intente simular un amotinamiento en el acorazado para que nos confiemos y les dejemos acercarse, incluso que les llamemos alentándolos a pasarse a nuestras líneas. Así nos descubriríamos y…

—¿Por qué duda de la veracidad de los mensajes captados? —le preguntó Rena.

—Porque nunca en mil años se ha producido una revuelta en una nave imperial.

—Pero a bordo iban nuestros amigos y ellos han podido ocasionar el motín.

Salet sonrió condescendiente.

—No sueñe, muchacha. Seamos lógicos. No pensemos en milagros. Lo cierto es que dos acorazados, acompañados de un crucero, se acercan y pronto nos lanzarán sus tropas de asalto, si son capaces de descubrir nuestra localización.

—Señor, entonces ordene el artillado de nuestra nave y nos pondremos en seguida en acción.

—¿Qué está pensando ahora? —le preguntó Salet, mirándola preocupado.

—Salir al encuentro de ese acorazado y saber de una vez si se ha producido el motín o no.

CAPÍTULO VIII

Después de recorrer la nave, Lars se sintió asqueado y también un poco culpable.

Todos los oficiales, excepto el teniente Garnord, habían muerto. Unos luchando por defender sus vidas, pero el resto asesinados salvajemente por las enfebrecidas hordas de amotinados. Con los sargentos aún fueron más crueles y murieron de forma horrible.

Silormú le confió a Lars:

—Debes librarte de ese oficial cuanto antes, amigo.

Lars frunció el ceño. Sabía que debía la vida a los amotinados, pero le desagradaba que el humanoide le llamase amigo.

—¿Cómo sabes que lo mantengo con vida?

—Esa humana, Diana, lo sacó herido del módulo de comunicaciones protegiéndolo de las iras de mis compañeros.

—Es un prisionero —protestó Lars—. Y defenderé su vida.

—Todos están como locos, Nolan. Si se enteran que aún queda un oficial vivo pasarán incluso por encima tuyo. A mí particularmente me da igual, pero te aconsejo que lo mantengas oculto.

—Así lo haré. Gracias por el consejo.

—Oh, no lo agradezcas —rió el de Casiopea—. Éste es el momento más crucial para todos. Si empezamos a pelearnos entre nosotros no quedará uno vivo para contar la gesta o locura que hemos hecho. Todos te admiran en cierto modo y tú puedes convertirte en nuestro jefe. Pero si se enteran de lo de Garnord te perderán el respeto. Necesitamos un líder para no devorarnos los unos a los otros.

Lars soltó un gruñido. En todos los niveles, estancias y pasillos de la nave el espectáculo era deprimente. Había cadáveres por todas partes y regueros de sangre sobre los que tenían que chapotear.

Lars consiguió que algunas agrupaciones se dedicasen a recoger

los muertos y lanzarlos al espacio. Le obedecieron de mala gana, sólo cuando él les previno que podía desatarse una epidemia a bordo.

Cuando le informaron ya era tarde para impedirlo. Los hombres se habían lanzado ferozmente sobre las reservas alimenticias en buen estado y en pocos minutos acabaron con ellas. Aquello le exasperó.

Dijo a Silormú que reuniese a todos los amotinados para dentro de una hora. En el ínterin él revisaría el puente, confiando que los daños producidos allí durante los combates y posterior saqueo no fuesen irreparables.

Afortunadamente sus compatriotas guardaban el puente. Lorimer, sucio y cubierto de sangre, le salió al encuentro. Le manifestó su preocupación ante el desorden que cundía en la nave.

—No te preocupes —gruñó Lars—, les meteremos en cintura. ¿En qué condiciones está esto? —Y abarcó con un ademán el puente.

—Aceptable. He distribuido a nuestros hombres en cada puesto que pueden atender con eficacia. Diana sigue manteniendo libre de energúmenos el módulo de comunicaciones, y el teniente Garnord está seguro. Alguien intenta curarle.

Lars le contó lo que le había dicho Silormú y Lorimer envió un mensajero al habitáculo donde tenían al teniente para prevenir a los que le cuidaban que por ningún concepto debían permitir que nadie, excepto los de Howarna, supiera que estaba allí.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Lorimer cuando Lars hubo terminado de revisar el puente, de lo que quedó bastante satisfecho.

—Supongo que Silormú ya habrá terminado de sanear un poco el acorazado y tendrá a todos los soldados concentrados en la explanada de entrenamiento. —Lars sonrió torvamente—. ¿Qué hay de los técnicos?

—Han quedado pocos —se lamentó Lorimer—. Esos salvajes también se dedicaron a matarlos. Si estás interesado en saber si podemos disponer de todas las armas defensivas y ofensivas del acorazado lamento decirte que sólo podemos contar con las que podamos manejar los howarnianos. Los demás no tienen el menor conocimiento. Digamos que escasamente un treinta por ciento del

poder del «Visnú» podríamos utilizarlo en un combate en el espacio.

—No es mucho, pero es algo. Los hombres y mujeres que estén libres de algún trabajo que vengan conmigo.

Le siguieron veinte y Gorgolei. Con ellos, Lars entró en la explanada. Allí el espectáculo le sobrecogió. Casi tres mil hombres, mujeres y humanoides de ambos sexos, se hallaban en el preludio de una descomunal orgía. Se había asaltado la bodega de a bordo y los licores empezaban a correr desmesuradamente.

Lars subió al estrado y fue rodeado de sus compatriotas. Silormú le vio y se colocó a su lado. Le dijo que no sería fácil hacerse escuchar allí. Pero Lars, sin replicar, tomó su arma y disparó un largo trazo de luz sobre las cabezas de aquellos seres.

Sobrevino un seco silencio y entonces él se aproximó al micrófono y dijo lentamente, inundando con tonante voz todo el recinto:

—Compañeros todos. Escuchadme bien y atentamente. Hemos vencido, pero si perdemos la serenidad pronto terminará nuestra alegría y nos pasarán a cuchillo. Recordad que cerca hay naves enemigas, que sin duda se lanzarán contra nosotros, apenas el comandante Regan y otros oficiales que consiguieron escapar lleguen a ellas.

»Querrán vengar nuestra rebelión justa, pero no la comprenderán. Están obligados a dar un escarmiento, que sirva de advertencia a todas las unidades imperiales. Está en nuestras manos evitarlo. Y para ello debemos comportarnos como seres conscientes. Todos nosotros queremos regresar a nuestros planetas de origen o a los Mundos Libres del Saco de Carbón. ¿Estáis de acuerdo?

Hubo una unánime manifestación de conformidad. Cuando se aplacaron los nerviosos gritos de entusiasmo, Lars prosiguió:

—Esta nave ha de recobrar su disciplina —al notar cierta reacción negativa a sus palabras, se apresuró a añadir—: Nadie será superior a nadie, pero alguien debe asumir el mando. Si todos estáis conformes yo seré vuestro jefe provisional, pero si no me queréis, otro puede serio. Yo sólo deseo que consigamos escapar satisfactoriamente y ser libres.

»Los cabos y jefes de escuadra organizarán pelotones. Se formarán grupos de mantenimiento, ya que casi todos los técnicos han muerto. Luego nos dirigiremos a Kasartel.

Al pronunciar aquellas palabras, Lars sabía que iba a necesitar de toda su persuasión y de mucha suerte para salir airoso de la situación. Como habla esperado, se alzaron voces de protestas. Nadie quería ir al planeta rebelde. Uno gritó con voz alterada:

—¿Es que pretendes bajar a Kasartel para ayudar a los rebeldes? A nosotros nos traen sin cuidado sus problemas. ¡Queremos escapar cuanto antes, no seguir arriesgando nuestras vidas!

Sólo con la ayuda de Silormú consiguió Lars hacerse oír.

—Está bien —dijo mordaz—. Si queréis podemos irnos ahora mismo, pero que alguien sea el jefe, que yo no lo seré. No de una nave condenada a la muerte. Porque será la muerte lo que nos espera. ¿Es que no recordáis que carecemos de comida? Vosotros, en pocas horas, habéis acabado con las escasas reservas sanas que quedaban. Claro que siempre queda la alternativa de continuar comiendo la misma bazofia por la cual nos hemos alzado contra la opresión de nuestros jefes.

El siguiente silencio fue gélido. Los dos millares y pico de seres quedaron paralizados, observando cabizbajos a Lars.

—Bien —asintió éste—. Veo que habéis comprendido la situación. Sólo en Kasartel podremos solucionar nuestro problema, consiguiendo alimentos suficientes para la larga travesía que nos espera.

—Será como meternos en la boca del lobo… —insinuó alguien.

Lars lo localizó y dijo, mirándolo fijamente:

—Es posible, pero si tienes una solución más sencilla me gustaría escucharla —viendo que el otro callaba, agregó—: Y quiero advertiros que los kasartelianos es posible que no estén dispuestos a darnos lo que queremos a cambio de nada. Pienso que nos pasarán la factura. Es decir, que nos exigirán cierta colaboración.

—Somos fuertes —exclamó el mismo tipo que antes había protestado—. Podemos tomar lo que necesitamos a la fuerza.

—No digas más estupideces —le reprendió Lars—. En lugar de tener un enemigo tendríamos dos. Antes de seguir quiero que me deis vuestra confianza y acatéis mis órdenes sin rechistar.

Puso los brazos en jarras y esperó unos instantes. Viendo que nadie hablaba, sonrió y dijo:

—De acuerdo. Se hará como he dicho. Ahora todo el mundo a trabajar. Quiero que devolváis el licor. Tiempo habrá para festejar

nuestro éxito, pero cuando éste sea sólido.

Mientras los amotinados se retiraban de la explanada, Silormú sonrió a Lars, diciendo:

—Has sabido manejarlos. Tienes pasta de político, amigo.

—En mi planeta, Howarna, no los hay. Y me alegro —echó una mirada a los últimos contingentes que salían, añadiendo—: Ni tampoco soldados.

* * *

Ida Garh planteó la situación sin dilaciones. Con voz dura, mirando a los tres comandantes reunidos en la sala del acorazado «Siva», les dijo:

—El comandante Regan no está en condiciones de asumir el mando de la flota y dirigir el ataque a Kasartel y al acorazado amotinado. Como todos sabéis, su estado síquico está bajo los niveles permitidos. Por lo tanto, yo asumo el mando del «Visnú». De hecho, lo ostento desde el momento en que tuve que sacarle de la nave.

Saleum, comandante del «Siva», mostró su disconformidad.

—Pero usted no es un jefe, sino sólo capitán.

—Así es —añadió Eerkel, comandante del acorazado «Anión».

Y el jefe del crucero «Andreopos» permaneció en silencio, no queriendo meterse en aquella disputa.

Ida golpeó la mesa alrededor de la cual estaban sentados.

—Les aconsejo que lean el reglamento. Un oficial asciende automáticamente cuando su superior está fuera de poder asumir el mando. Y la orden del mando supremo dice que el comandante del «Visnú» debe ser el jefe supremo de la flotilla. Por lo tanto, mientras que el mando supremo no ordene lo contrario, me encuentro capacitada legalmente y en mis facultades para ponerme al frente de las tres naves.

—Podríamos consultar al mando supremo, pero eso nos llevaría demasiado tiempo —comentó Karrigan, del «Andreopos».

—Exactamente —asintió Ida—. Cuando se hubiese solucionado esta crisis de opinión los rebeldes serían más fuertes y los amotinados estarían lejos. Por lo tanto, necesito una decisión ahora mismo.

De mala gana, los comandantes asintieron y Garh exigió que

todo quedase grabado. Entonces ellos insistieron en que Ida afrontase todas las posteriores responsabilidades. Aquello hizo que la capitán titubease un instante, pero terminó consintiendo y realizó la declaración jurada con sus demás compañeros.

En posesión de la jefatura suprema de la flotilla, Ida pidió que la informasen.

Saleum la hizo pasar a la estancia siguiente. Allí había una gigantesca reproducción holográfica del planeta rebelde. Con un puntero luminoso marcó una zona del continente central de Kasartel.

—Suponíamos que los rebeldes tuviesen sus guaridas en esta parte, comandante Garh —la voz de Saleum sonó algo irónica al darle a Ida por primera vez aquel tratamiento—. Como ve es una extensión demasiado grande para permitirnos enviar las tropas de desembarco. Pero hace pocas horas ha ocurrido algo interesante Tenemos algunas patrullas compuestas por cazas cerca de la superficie. Dos de los cazas avistaron un carguero que pretendía descender. Seguramente lleva vituallas o armas a los rebeldes. Lo siguieron y estuvieron a punto de alcanzarlo, cuando desde le superficie los derribaron. Al conocer la procedencia de los disparos estamos seguros de que los rebeldes están en este perímetro. Ahora podemos atacarlos conociendo su situación.

—¿Cómo han sido tan estúpidos que se han delatado? —preguntó Ida observando la reproducción holográfica.

—Tal vez no suponían que rastreábamos la trayectoria de nuestros cazas desde tan lejos —intervino Eerkel—. Desde que conocimos este hecho nos dirigimos hacia la zona donde estamos seguros están los rebeldes, para atacarlos cuanto antes. Por supuesto, éste era nuestro plan. Usted tiene ahora que confirmarlo o plantear otro.

Ida miró duramente a Eerkel. Aquel comandante parecía disfrutar al crearle aquel problema. Por otro lado, estaba el acorazado amotinado. Tenía que decidir si reducir a los sublevados del «Visnú» o cumplir con la primordial misión de la flotilla, que era acabar con la resistencia de los rebeldes de Kasartel.

De pronto recordó algo y dijo serenamente:

—Atacaremos Kasartel.

Los otros jefes fruncieron el ceño y se miraron entre sí.

Saleum carraspeó y preguntó:

—¿Está segura que sería lo mejor? Pienso que el mando supremo no recibirá muy alborozado su informe exponiendo que dejamos escapar al «Visnú» y los amotinados librándose del castigo de que son merecedores.

Alegre por humillarlo, Ida replicó mirando fijamente a Saleum:

—Esa nave no escapará. Estoy segura. No creo que los amotinados estén tan locos como para emprender el viaje en las condiciones que tienen ahora. Carecen de alimentos para dos o tres días más.

Paseó entre ellos y cogió el puntero de la mano de Saleum.

—Ahora discutiremos su plan, señores. ¿Con cuántos cazas podemos contar?

—Veinte —contestó, muy pálido, Eerkel—. Ocho mil hombres forman las tropas de asalto. También podemos poner frente a los rebeldes cien plataformas con triples proyectores láser.

—Magnífico —asintió Ida—. Será suficiente para arrollar a los rebeldes en pocas horas. Tengo entendido que aunque están bien armados no disponen de muchos hombres aptos para el combate. Inmediatamente después de aplastarlos rodearemos el acorazado amotinado y conminaremos a esos perros a rendirse.

—Lógicamente se negarán —dijo Karrigan—. Saben que les espera la muerte.

—Lucharán hasta morir y en última instancia volarán la nave con ellos.

—Es posible. Pero podemos rendirlos por hambre. Y también podemos prometer el perdón para aquellos que nos faciliten la conquista del «Visnú» sin muchas pérdidas por nuestra parte.

—¿No ha pensado que ante nuestra aproximación pueden escapar?

—No lo creo. No podrían llegar muy lejos. El único lugar en muchos parsecs a la redonda donde pueden obtener alimentos es en Kasartel. No se alejarán de aquí. Esos bastardos pretenderán ocultarse al otro lado del sol o cerca de algunos de los planetas sin vida de este sistema planetario.

—Entiendo —rezongó Karrigan—. Ellos ignoran que los acorazados emiten constantemente en una frecuencia que sólo otra nave imperial puede captar y nosotros sabremos siempre dónde se

oculta.

—Me alegra que sea agudo, Karrigan —rió Ida—. Pero eso ellos no lo saben. No conocen el mecanismo secreto que emite la frecuencia sin interrupción. Los cazaremos como alimañas cuando queramos.

CAPÍTULO IX

En cierto modo, Sara Benton sorprendió a Rena con sus conocimientos de navegación. Ella le ayudó a pilotar el carguero, que partió cuando fue fuertemente artillado en un tiempo récord. Varios hombres de Kasartel se unieron a los howarnianos y todos confraternizaron rápidamente.

—La flotilla imperial compuesta por tres naves está ahora a unos quinientos mil kilómetros —dijo Sara después de consultar el ordenador—. El acorazado solitario está un poco más lejos, en el lado opuesto del planeta. Antes de partir nuestros observatorios comprobaron que un par de docenas de cazas se han adelantado al grueso del enemigo.

—¿Qué dirección llevan esos cazas?

—Sobrevolarán la vertical de nuestras posiciones —replicó Sara con marcada preocupación—. Me temo que de alguna forma el enemigo ha averiguado dónde están nuestros refugios.

—¿Es posible eso? Me habéis dicho que lleva mucho tiempo intentándolo, sin conseguirlo.

—Así es. Y gracias a eso logramos mantenernos firmes. Pero si las tropas de asalto desembarcan cerca de los poblados… Pueden vencernos.

Rena le sonrió con intención de animarla.

—Todo saldrá bien.

Horas después, cuando volaban por encima de la atmósfera, Torganet, que vigilaba el equipo de detección, gritó:

—Se acercan naves por la popa, coordenadas cinco, ocho, uno. Se trata de cinco naves pequeñas.

—Cazas imperiales —masculló Sara.

Inmediatamente pasó la alerta a los artilleros y pidió a Rena que siguiesen adelante durante algún tiempo. Cuando menos lo esperasen los cazas, confiados éstos en la poca potencia que

supondrían al carguero, se revolverían y los sorprenderían con un fuego abundante.

De pronto, de nuevo aulló la voz de Torganet al advertir:

—Una gran nave a proa. Nos ha descubierto. Creo que… Un momento… La persiguen varios cazas. Vamos a cruzarnos dentro de cinco minutos.

Rena y Sara se miraron confundidas.

—Al parecer la noticia que captamos es cierta. Algo ha sucedido en esa nave imperial. Quizá es verdad que ha habido una revuelta.

La mujer de Howarna se mordió los labios. Allí estaba Lars y los demás compatriotas. Preguntó a Torganet si podía establecer contacto con la que ellos suponían se trataba del «Visnú».

—Lo intentaré —replicó el gobernador.

En una pantalla oscura apareció un punto rojo, que era el carguero. A pocos centímetros había otro punto, verde. Ambos se dirigían a encontrarse a mitad del camino, seguidos de varios puntitos blancos, como estaban representados los cazas. Rena dijo que el punto verde, el acorazado, no parecía estar dispuesto a cambiar de rumbo.

—Si no lo hace se encontrará con los cazas que nos siguen, porque nosotros saldremos de la actual trayectoria —añadió.

—Rena, contestan desde el acorazado. ¡Y es Diana! —gritó alborozado, Torganet.

—Diana, de Howarna. ¿Quién es? Responde, responde. ¿Quién es? ¿Por qué utilizan la clave de Howarna? —Se escuchó la ansiosa voz de la muchacha—. Soy Diana, de Howarna. ¿Quién usa nuestra clave?

—Diana, soy Rena Lante. Te escucho. ¿Está contigo Lars?

—Clave. ¿Por qué no contesta quién usa nuestra clave…?

Repetidas veces, Rena gritó, diciendo que la escuchaba. Preguntó furiosa a Torganet por qué no podía oírla Diana.

—No lo sé, Rena —sé disculpó Torganet—. Quizá los cazas producen interferencias. —Hubo una pausa y agregó—: Lo siento, ya no puedo conectar con el acorazado. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Ella no dudó un segundo en responder:

—Atacaremos a los cazas.

* * *

—Muchacho, vamos a pasarlo mal —masculló Gorgolei viendo en las pantallas cómo además de los cazas que tenían detrás otras naves surgían por la proa—. Y no podemos maniobrar para escapar.

—Podríamos intentarlo saltando al espacio, alejándonos del planeta —sugirió Silormú, nervioso.

—Sería una locura —replicó Lars—. Estamos demasiado cerca de la superficie. Saltaríamos en pedazos. Y no pensemos en escapar por el hiperespacio por el momento. Antes tendríamos que alejarnos más de un millón de kilómetros de Kasartel. Creo que no tenemos otro remedio que hacerles frente.

—Esas moscas espaciales nos destrozarán, sin duda. Apenas tenemos un treinta por ciento de capacidad de fuego.

—Pues tendrá que ser suficiente. —Y Lars comunicó a las cabinas de proyectores láser que disparasen.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —exclamó Gorgolei, indicando cómo una de las naves que avanzaban por la proa iniciaba una brusca maniobra y se alejaba del grupo que llegaba detrás de ella.

—No lo sé. Quizá pretende situarse para atacarnos desde otra posición.

Los escasos proyectores situados a popa dispararon y las descargas averiaron ligeramente uno de los cazas, pero que siguió volando. En la siguiente andanada lograron abatir dos. Lars sonrió. Al parecer los novatos artilleros mejoraban su puntería.

De pronto comenzaron a disparar las baterías de proa. La escuadrilla que les atacaba de frente sufrió una baja y en seguida se abrió en amplio arco. Comenzó a disparar y el casco del acorazado resistió perfectamente la primera acometida. Pero el suministro de energía al escudo protector era deficiente y Lars se preguntó cuánto tiempo podrían resistir en semejantes condiciones.

De repente saltaron unas luces sobre una consola. Lars sabía que indicaban que dos niveles de la nave estaban seriamente tocados. Unos segundos más bajo el fuego enemigo y tendrían que abandonar aquellas secciones. Ordenó que todo el personal las abandonase. Segundos después, cuando se aseguró de que no quedaba nadie en ellas, las selló.

Podían seguir navegando, pero al neutralizar aquellos niveles habían perdido dos importantes baterías de babor.

—Y cuando esa nave que se alejó regrese nos freirá con toda

impunidad —murmuró Lars.

—Pues ahí llega, amigo —le avisó, lúgubremente, Gorgolei, mientras llamaba la atención de Lars para que echase un vistazo a los detectores.

Lars tomó el interfono y advirtió a los artilleros de estribor para que disparasen contra la nave que se acercaba. No le respondieron. Silormú le dijo:

—Esa batería ha sido desmantelada, Lars.

Lars se encogió de hombros. Al parecer todo había acabado. Aquellos cazas iban a acabar con ellos, y no por falta de capacidad de fuego del acorazado, sino porque no disponían de personal adecuado para el manejo de las baterías.

No podrían llegar a la superficie de Kasartel, ni tampoco esperar ayuda de los rebeldes, pese a que Diana constantemente lanzaba mensajes explicando que el «Visnú» no estaba bajo el mando de oficiales imperiales, sino que por el contrario estaban dispuestos a colaborar con ellos a cambio de comida.

No apartó los ojos de la pantalla que mostraba el avance de la nave, que sin duda no era un caza, ya que era de mayor tamaño.

De pronto la nave empezó a disparar, justo en el momento que él la identificaba como un carguero, aunque fuertemente artillado.

Los cazas empezaron a estallar en medio de cárdenas bolas de fuego, uno tras otro. Los dos últimos intentaron escapar, pero fueron finalmente alcanzados, cayendo hacia la superficie del planeta como sendos aerolitos incandescentes.

Lars y Gorgolei se cruzaron una mirada de asombro.

—¿Qué ha pasado?

—Tal vez esa nave sea rebelde y han acudido a ayudarnos, aunque pensé que estaban de parte de los cazas.

—Nada de eso. Por el contrario, los cazas la seguían —dijo Lars.

La voz de Diana sonó sobre ellos.

—Un comunicado para ti, Lars. Te lo paso.

—¿Quién es?

—Escucha primero —rió Diana.

—Lars, cariño. ¿Me oyes al fin?

Lars pensó que deliraba, pero no había duda que aquella voz era la de Rena.

—¡Rena! Te escucho. Pero ¿qué demonio estás haciendo aquí?

—Vaya forma de saludarme. ¿No tienes otras palabras más afectuosas?

—Lo siento. La sorpresa ha sido demasiado grande. Estoy deseando poder abrazarte.

—Pues entonces sígueme. No perdamos más tiempo.

—¿Adónde vamos?

—No puedo decírtelo. Nos pueden intervenir la comunicación. Pero dime si es cierto que las tropas de asalto se han sublevado. ¡Seguro que es cosa tuya!

—Mejor decir que de todos. Ya te contaré. Por cierto, ¿es ése el carguero que debías conducir a Howarna?

—Sí, pero ahora es una nave de guerra. ¿De cuántos hombres disponéis?

—Cerca de tres mil.

—Bien. Serán bienvenidos. Creo que daremos una sorpresa a las naves que se dirigen hacia los refugios rebeldes. Estoy casi segura que ningún caza ha tenido tiempo de emitir ningún mensaje contando cómo acabamos con ellos.

—Dudo que el enemigo tenga alguna sorpresa.

—No estés tan seguro, cariño. Pensamos que la flotilla os supone lejos de aquí, escondidos por algún lugar del sistema de Kasartel.

—Está bien, Rena. Guíanos.

—Hasta pronto, cariño.

Cesó la comunicación y Lars notó sobre su cogote la respiración de Silormú. El humanoide le mostró una extraña sonrisa cuando él volvió a mirarlo.

—Humano, eres un granuja. Creo que desde antes del motín ya habías pensado que podrías utilizarnos para ayudar a los rebeldes.

Estupefacto, Lars fue a protestar. ¿Cómo podía haber pensado él semejante cosa si ni siquiera sabía que Rena estuviera allí? No tenía ningún interés ni simpatía por la causa de los rebeldes de Kasartel. Si habló de la posibilidad de ayudarlos fue porque comprendió que así podría pagarles la comida que necesitarían para el regreso.

Pero Silormú soltó una carcajada.

—Me gustas, Lars Nolan. Me place enfrentarme a esos piratas del imperio. Les daremos una buena lección. ¡Y luego a casa!

Lars se encogió de hombros. ¿Para qué molestarse en explicar nada al ser de Casiopea?

Dedicó toda su atención en seguir el carguero que pilotaba Rena.

CAPÍTULO X

El acorazado quedó en órbita y Lars, acompañado de todos los nativos de Howarna, fue de los primeros en descender utilizando los transbordadores. Luego comenzó el traslado de las tropas de asalto amotinadas. Sus armaduras de combate fueron repintadas de amarillo, ya que sus colores rojos podían confundirse en el combate con las del imperio.

En el «Visnú» quedó un retén, con instrucciones de accionar el piloto automático que la pondría lejos del alcance de las naves imperiales si surgiese algún peligro.

Apenas el carguero fue ocultado, Rena saltó y corrió al encuentro de Lars. Se abrazaron, besaron y rieron nerviosamente durante un rato, bajo la paciente mirada de Romano Salet.

Rena le presentó a Lars y Romano le dijo:

—Nos será muy útil su colaboración, Nolan —echó un vistazo a las tropas amotinadas que desembarcaban de los primeros transbordadores—. El enemigo no tardará en atacar. Ya sabe dónde estamos. Es obvio decir que este combate será decisivo. ¿Cuánto tiempo necesitará para que todos los soldados estén en sus puestos?

—Dos horas.

—Es demasiado. Mucho antes seremos atacados —miró fijamente a Lars y le preguntó—: ¿Son de fiar los amotinados, Lars?

—No mucho. Si acceden a combatir es porque tienen necesidad de comida. No hay a bordo del acorazado. Por la escasez y mala condición de los alimentos se produjo el motín, no por ideales, Salet. No quiero engañarle.

—No esperaba otra cosa —sonrió Salet—. Le juro, Lars, que si salimos de ésta esos hombres tendrán toda la comida que necesiten.

—Gracias en su nombre, Salet.

—Ustedes podrían marcharse en seguida —dijo el líder—. Tienen un carguero y vituallas para regresar a su mundo. ¿Por qué

no lo han hecho?

Lars se rascó la barbilla.

Rena me lo ha contado todo, Salet. Se han portado con nosotros, con Rena y los que la acompañan especialmente. Si el imperio sabe dónde se ocultan es porque salvaron al carguero de los cazas. Eso los delató. Ahora queremos corresponderles de alguna forma y luchar a su lado.

Salet le tendió la mano y dijo emocionado:

—No esperaba menos —les indicó un vehículo—. Ahora podemos inspeccionar nuestras defensas. El enemigo puede poner en combate unos siete o nueve mil hombres. Pero lo peor serán sus cazas, ideales para este tipo de luchas, y las plataformas.

—Acabamos con al menos once o doce cazas. Así que sólo les quedarán otros tantos —sonrió Rena—. Y de las plataformas nos podemos encargar con el carguero. No creo que esos aparatos de uso exclusivo en la atmósfera sean contrincantes peligrosos para nosotros.

—No olvidemos los cazas —recordó Salet.

Subieron al vehículo y antes que Salet lo pusiese en marcha, Silormú llegó corriendo, diciendo a Lars que casi la mitad de los hombres ya habían llegado, que inmediatamente partirían con sus equipos completos de combate a las posiciones.

—Confío en ti, Silormú. Suerte —le deseó Lars.

El humanoide soltó una rugiente carcajada y añadió:

—Las tropas de asalto del «Visnú» siempre fuimos las mejores de toda la flota imperial. Y ahora lo vamos a demostrar. Además, tengo ganas de echarme encima del sargento Ugarga.

* * *

Ida cerró la puerta y miró con desprecio al comandante Regan, que yacía en una cama. El hombre la miró, hizo un gesto de querer levantarse, pero estaba muy débil y sólo pudo componer un gesto de impotencia.

—Hola, comandante —dijo Ida, procurando que Regan viese en su uniforme sus insignias de jefe—. Vengo a despedirme. Vamos a aplastar a los rebeldes.

—Es usted una perra, capitán —gimió Regan—. No se saldrá con la suya. La llevaré ante un tribunal de guerra y…

Ella cerró la puerta y sacó un láser, apuntando a Regan.

—Cállese, viejo estúpido. Usted fue débil. Quería regresar a toda costa a la base. Convenció al teniente Garnord de mantenimientos para que sabotease los alimentos. Aunque yo sospeché de él, le seguí la corriente. Entonces obligué a Garnord para que le suministrase en su comida una droga que le hiciera parecer más estúpido de lo que es, Regan. Pero por su culpa, comandante, hemos perdido el acorazado. A Garnord le hice quedarse allí y confío que los amotinados lo despedazaran.

Regan intentó alzarse y su boca torcida intentó decir algo, pero sólo consiguió emitir un gemido.

—No me interesa que vuelva con vida, comandante. Sin usted puedo conservar mi nuevo grado y evitar una investigación.

Ida guardó el arma y antes de salir cortó el suministro de aire puro para los ansiosos pulmones de Regan, quien al comprender la intención de la mujer hizo un nuevo intento para bajar de la cama. Estaba demasiado débil y cayó pesadamente.

La mujer salió sonriendo y selló la puerta. No se movió de allí hasta que estuvo segura de que no quedaba un átomo de oxígeno en la cabina de rehabilitación. Unos minutos des pues movió el mando externo e inundó el cuarto de aire. Nadie podría acusarla de nada. Para todo el mundo el comandante Regan había muerto al fallarle el corazón y no poder recibir ayuda a causa del tumulto previo a la batalla.

Sonriente, ida acudió a tomar su puesto en una de las plataformas de desembarco. Miró a Saleum, Eerkel y Karrigan. Los había obligado a acompañarle. Prefería que las naves quedasen al mando de subalternos. Si ella estaba dispuesta a afrontar el riesgo de una lucha no consentiría de ninguna forma dejar posibles enemigos a su espalda.

—Adelante —dijo Ida mientras un soldado le colocaba el casco sobre la armadura de combate.

La plataforma, con cien soldados además de ellos, salió del acorazado que flotaba a menos de diez kilómetros de la superficie.

De las otras naves surgieron más plataformas, hasta completar el centenar. A pocos metros rugían los cazas. Ida los contó. Sólo eran diez. Aún no habían regresado los que patrullaban y aquello la preocupó.

Usó el visor telescópico y exploró el paisaje árido donde sabían se ocultaban los rebeldes. Ida estaba segura de obtener una completa victoria. Los escasos cinco mil combatientes rebeldes no podrían contener a sus tropas.

Pensó en los amotinados. De haber dispuesto de ellos habría sido más fácil llevar a cabo el ataque, al contar con más de tres mil soldados adicionales.

Más tarde, cuando los rebeldes estuvieran vencidos, se ocuparía del «Visnú», de los amotinados y, especialmente, de Lars Nolan.

Ida estaba muy ocupada en sus pensamientos y sólo cuando la nave carguero, armada hasta los dientes se les vino encima, comprendió el peligro.

Estaban ya muy cerca de la superficie. Incluso podían ver a simple vista las defensas rebeldes, que ante su presencia había sonreído despectiva al considerarlas inadecuadas.

Los cazas salieron al encuentro del carguero, pero éste maniobró con increíble agilidad y en menos de cinco minutos consiguió abatirlos.

Las primeras plataformas tocaron tierra y las riadas de soldados saltaron a tierra. Entonces aquellos vehículos adelantaron sus cañones triples de proyectores lásers y avanzaron sobre las líneas enemigas.

Ida se protegió sobre las defensas de la plataforma y observó las líneas rebeldes.

—Sin cobertura aérea este ataque puede resultar un fracaso, comandante —le dijo Eerkel.

Ella no quiso replicarle, limitándose a morderse los labios mientras seguía el avance de las tropas de asalto. Miles de hombres embutidos en armaduras rojas corrían por el árido terreno.

De pronto comenzaron a disparar desde las líneas rebeldes. Ante el atolondrado y escaso fuego, Ida sonrió. Y dijo:

—Esos miserables rebeldes no durarán a nuestros hombres ni un minuto.

A bordo del carguero, después de hacerle describir un amplio arco para volver al campo de batalla, Rena dijo a Lars:

—Esos cazas nos han durado poco, cariño. Ahora debemos volver.

—¿Es que vamos a dejar a nuestras espaldas los dos acorazados

y el crucero? —Preguntó Torganet—. Podrían asestarnos un duro golpe en el menor descuido…

—Apenas se muevan accionaremos a control remoto el «Visnú» —le dijo Lars.

—¿Qué pretendes? —preguntó Gorgolei, sin comprender.

—Ya lo verás. Es una sorpresa que reservamos.

Rena hizo bajar peligrosamente el carguero y realizó un vuelo rasante sobre las últimas plataformas. Disparó sus lanzadores láser y varias cayeron a tierra, incendiadas, arrojando por los bordes cientos de soldados con armaduras rojas.

—Creo que ha llegado el momento de ayudar a los de abajo —dijo Rena.

Lars asintió y la admiró al ejecutar las maniobras de descenso. Rena poseía una gran pericia y en pocos minutos el carguero se posaba tras unos montes, a unos centenares de metros de las líneas propias.

Gorgolei, con gesto preocupado, preguntó:

—Pienso en lo que me has dicho, Lars. ¿De qué jugada se trata?

Lars se pasó la mano por los secos labios. Sonrió y dijo:

—Si todo sale como esperamos y el enemigo recibe una paliza, pueden tomar una decisión peligrosa, que es mover los pesados acorazados sobre nosotros. Entonces nos veríamos obligados a lanzarles el «Visnú» como si fuera un gran torpedo.

—¿Pero y los hombres que han quedado dentro?

—El «Visnú» está preparado para maniobrar por control remoto. Por supuesto sólo hará unos movimientos rudimentarios, pero suficientes para aplastar a las naves enemigas. Y antes serían alertados los retenes y tendrían tiempo de escapar en los transbordadores que aún quedan.

Pese a estar resguardado, el carguero podía, desde aquella posición, disparar todos sus lanzadores contra las líneas enemigas, por encima de las propias, cuando el cariz de la batalla lo exigiese. Delante tenían las fortificaciones más débiles, que debían engañar a los imperiales y provocar su deseo de atacar por allí.

Protegidos por el fuego de las plataformas, los soldados de asalto avanzaron contra las posiciones rebeldes. Desbordaron con facilidad en dos puntos las defensas, pero en cambio encontraron gran resistencia en las demás.

Cayeron en la trampa y por los caminos abiertos se lanzaron casi ciegamente centenares de soldados embutidos en rojas armaduras. Silormú hizo que sus hombres se retirasen ordenadamente y se reunió más atrás con los defensores kasartelianos. Las segundas líneas eran más sólidas y contra ellas se estrellaron los atacantes.

Las pérdidas de los imperiales fueron grandes y Garh, al tener noticias de la marcha del combate, presintió que algo iba mal. Lanzó sus reservas contra el flanco derecho, apoyando el ataque con varias docenas de plataformas.

Romano Salet no esperaba aquello y tuvo que recurrir a fuerzas que defendían otras posiciones para reforzar las posiciones amenazadas. A toda costa debían consentir sólo que el enemigo ganase terreno por los sitios que ellos deseaban.

Exasperada ante el cariz que adquiría la batalla, Ida, en contra de la opinión de los demás jefes, ordenó que el resto de las tropas de asalto dedicasen sus esfuerzos para ampliar la brecha abierta en el centro de las defensas enemigas. Pensó que tal vez podría introducir allí sus efectivos y luego abrirlos en amplio arco, terminando por poner en fuga a los rebeldes.

Los soldados de armaduras rojas, alentados por sus oficiales y consignas emitidas subliminalmente, recobraron ardor combativo y se lanzaron en imparable empuje contra los rebeldes.

La brecha se amplió y por ella penetraron la mayor parte de las plataformas, deslizándose a pocos metros del suelo, sobre las cabezas de los atacantes, disparando sin cesar sus triples cañones láser.

Los soldados de armadura amarilla, al mando de Silormú y los rebeldes que capitaneaba Salet, se replegaron a ambos lados, formando un amplio espacio por el cual se desparramaron los invasores, que durante muchos metros avanzaron sin encontrar resistencia y empezaron a confiar en la victoria.

Pero cuando Ida ordenó que se atacase a izquierda y derecha, surgieron rebeldes amotinados. El temerario avance se vio frenado de forma seca y sangrienta.

Cayeron por cientos los soldados imperiales, bajo una densa cortina de fuego y haces de lásers de todas las potencias. Pero aún quedaban las plataformas y éstas intentaron fustigar las tenaces defensas rebeldes.

Entonces Lars recibió la indicación de Romano y dijo a Rena que pusiera en acción el carguero, que despegó con todos los artilleros preparados y los lanzadores dispuestos en su máximo grado de apertura.

La nave espacial se lanzó sobre el amplio pasillo por el que más de tres mil soldados de asalto confiaban en que las plataformas les sacasen de aquella trampa. Mientras avanzaba, las armas de popa lanzaban cortinas de fuego contra las tropas de tierra y las demás baterías arrollaban a las sorprendidas plataformas.

El carguero recorrió los kilómetros que el enemigo había creído conquistar. Lo hizo como un huracán incontenible, abriéndose paso entre docenas de plataformas que a su acometida danzaban incontroladas en el aire, chocando unas con otras, alcanzadas unas y luego cayendo ululantes al suelo, escupiendo tripulantes que se estrellaban contra el convulsionado terreno de la batalla.

Desde su plataforma, a pocos kilómetros de la tragedia para las tropas atacantes que se estaba desarrollando, Ida palidecía mientras lo observaba todo.

—Es una burda trampa, comandante Garh —le dijo, entre irritado y despectivo, el comandante Karrigan—. Le han tendido una trampa y usted ha caído en ella como una estúpida.

Ida lanzó un grito de rabia y empuñó su arma. Disparó contra Karrigan, abriéndole un gran boquete en el pecho. Los otros comandantes tomaron sus láseres y Eerkel abrió fuego. Garh soltó su pistola al ser alcanzada por el fino haz en el brazo, que se le perforó.

Pero antes de que pudieran disparar de nuevo, desde el fondo de la plataforma surgió el sargento Ugarga, quien con su rifle abatió a Saleum y Eerkel. Ambos rodaron por el suelo y el mismo suboficial los empujó, dándoles patadas, hasta que se precipitaron al vacío, pasando por debajo de la pasarela.

Acudió al lado de su capitán y hábilmente esparció un coagulante en la herida, que luego cubrió con un plástico que se solidificó al instante.

Apretando los dientes, Ida ordenó:

—Regresemos al «Siva». Desde allí podemos acabar con esos malditos rebeldes.

Ugarga la miró un rato, desde el otro lado de su casco. Su coraza

estaba ennegrecida por el ardor de la batalla y había perdido parte de su equipo, además de todas sus secciones en los enfrentamientos iniciales contra las defensas rebeldes.

Indicó al piloto de la plataforma que diese media vuelta y la dirigiera hacia el «Siva». Ugarga comprendía lo que su comandante pretendía hacer. Sencillamente, lanzar los dos acorazados y el crucero contra el enemigo. Pero tal maniobra implicaba un riesgo enorme. Aunque se contaba con casi todas las posibilidades de triunfo usando las grandes y pesadas naves, también era casi seguro que ninguna de éstas volviera a navegar más por los espacios estelares.

—Deberíamos ordenar la retirada de nuestros soldados, jefe —dijo sin atreverse a mirar directamente a ida a la cara—. Si se lanzan los acorazados contra las posiciones enemigas, ellos perecerán también.

Ida le miró furiosa.

—Mejor. Así no esperarán que les ataquemos con las naves estelares. Si se retiran los supervivientes pueden adivinar lo que pretendemos hacer.

La plataforma voló a toda velocidad, alejándose del campo de batalla. Ascendió unos kilómetros y se dirigió a la «Siva», penetrando por una de sus abiertas esclusas. Allí Garh fue recibida en medio de un silencio hostil por los navegantes de servicio, que sin duda ya conocían el fatal desenlace de la batalla.

El oficial de servicio le dijo apenas ella saltó de la plataforma:

—Señora, en el puente la espera un oficial que ha conseguido escapar.

—Espero que consigan hacerlo muchos —dijo ella secamente.

—Es que se trata de uno de los que quedaron en el «Visnú».

—Creí que habían muerto todos…

Montó en un deslizador y con Ugarga a su lado, corrió hacia el puente de mandos, sin haber dado tiempo al oficial a ser más explícito.

En su mente alborotada se borró en seguida aquella noticia. Sólo pensaba en vengarse, en aniquilar a todos aquellos malditos que la habían vencido. Estaba desprestigiada y su mínima posibilidad de rehabilitación era aplastar a los rebeldes, aunque en el intento perdiese también las unidades a su mando. Aún podía salvarse,

pensó. Sin testigos de su vergonzosa derrota, podía tergiversar los hechos. Y el sargento Ugarga le sería siempre fiel. Con él a su lado podría desembarazarse de algunos oficiales, de los que quedaban supervivientes, si notaba en ellos algún síntoma de deslealtad hacia ella.

Echó del puente a todos los navegantes, ante el asombro general de éstos. Luego tomó el control maestro y sintonizó las direcciones del «Amon» y del «Andreopos» con la del «Siva». Las tres naves actuarían al unísono y ella sola podría precipitarlas sobre los enclaves enemigos.

Para tranquilizar a Ugarga le dijo:

—En el último momento haré que el «Siva» salte al espacio exterior. Las otras dos naves serán como gigantescas bombas que arrasarán todas las posiciones enemigas. Más tarde reconquistaremos el «Visnú» y prepararemos, a nuestro acomodo, un informe para el mando supremo. Procuraré que tú seas ascendido, Ugarga.

El sargento respiró aliviado. Había temido una acción desesperada de la mujer que condujese a ambos a una muerte segura. Pero su incipiente alegría duró poco cuando descubrió algo en los detectores. Ya entonces las tres pesadas naves se habían puesto en movimiento y se dirigían a las posiciones enemigas, situadas a unos doscientos kilómetros.

—Señora, el «Visnú» ha roto su órbita y se dirige hacia nosotros. Ha partido de él un transbordador y…

—Entiendo lo que quiere hacer el enemigo, Ugarga. Usan el control remoto para interceptarnos con el acorazado. Pero se han dado cuenta de lo que intentamos hacer demasiado tarde. Alcanzaremos nuestros objetivos antes de que puedan impedirlo. Sólo tengo que acelerar los impulsores al mismo tiempo que nosotros nos alejaremos.

El sargento siguió mirando con ojos muy abiertos el avance de la nave amotinada, que ahora desierta, intentaba contener la acción destructora iniciada por Ida Garh.

Ida se dirigía a la consola precisa para liberar la «Visnú» de su ruta y obligar a las otras dos naves, que junto con sus atónitas tripulaciones, se dirigían a la destrucción. Nadie a bordo de la «Amon» y del «Andreopos» podía impedir los deseos de Ida.

—Quieta, Garh —sonó una voz a sus espaldas.

Se volvieron y vieron al teniente Garnord salir de detrás de unos mamparos.

Ida comprendió.

—¡Eres tú quién ha vuelto! Lo celebro. Ahora deja ese arma.

—Oh, no, maldita bestia —sonrió Garnord. Tenía el rostro demacrado y empuñaba con fuerza un láser—. No consentiré que te salgas con la tuya. He visto al comandante Regan muerto. Aunque parezca un accidente sé que lo has matado.

—Ya discutiremos eso más tarde, Garnord —dijo Ida, mirando al teniente y a la palanca que debía sacarlos del peligro de colisión—. Ahora déjame que trabaje o el «Visnú» se precipitará sobre nosotros. Tengo que acelerar al «Amon» y al «Andreopos» al mismo tiempo que hacer salir al «Siva» de esta trayectoria.

—Ya han sucedido demasiadas cosas, Garh. Mientras tú intentabas consumar este nuevo crimen yo he avisado a las tripulaciones y en estos momentos todos saben lo que te propones hacer y están abandonando las naves, incluso ésta. Cuando el «Visnú» choque con nosotros no quedará nadie, excepto nosotros tres.

—¡Estás loco! —gritó Ida, dirigiéndose resueltamente hacia los mandos que podían salvarla.

Garnord disparó y la alcanzó en las piernas. Ella cayó resbalando contra unas consolas. Quedó como un pelele en el suelo, lejos del alcance de los mandos.

Luego, Ugarga y el teniente se dispararon casi al unísono. Ambos cayeron fulminados. Desde el suelo, impotente y desangrándose, Ida observaba cómo el acorazado «Visnú» se precipitaba sobre ellos. Tuvo ocasión de ver en otra pantalla cómo varios transbordadores abandonaban la flotilla.

Instantes después, en el cielo de Kasartel se encendió una colosal bola ígnea.

Epílogo

Los restos de los tres acorazados y el crucero cayeron lejos de las instalaciones rebeldes, sin ocasionar víctimas.

Cuando a Lars le informaron de que el teniente Garnord había escapado en un transbordador apenas comenzó la batalla, pensó que tal vez volvería a verlo más tarde, que se entregaría al no tener adónde huir. Se equivocó. Nunca lo vio y tampoco supo que gracias a él la tragedia no se abatió sobre los rebeldes.

La destrucción del acorazado encolerizó a Silormú, pero lograron aplacarle a él y a sus compañeros amotinados cuando Salet les prometió que apenas regresasen las naves con nuevos colonos las pondría a su disposición para llevarles a sus mundos de origen.

Tomaron más de mil prisioneros de soldados de asalto, lo que les supuso un problema.

—Los dejaremos en algún mundo del Saco de Carbón —dijo Salet encogiéndose de hombros—. Si quieren pueden quedarse allí o volver a enrolarse en el ejército imperial.

—Pueden volver —dijo Lars—. Quiero decir que nunca estaréis en paz.

Salet negó con la cabeza.

—No lo creo. Las cosas van mal para el imperio. Ocultará a todo el mundo la derrota que ha sufrido aquí. Cuando no tengan noticias de las naves que nos enviaron borrarán de sus registros el nombre de Kasartel —rió—. Incluso tendrán la osadía de pregonar que nos han destruido. Todo antes que perder más prestigio, del cual cada vez les queda menos.

Regresaron lentamente a la aldea, mientras pasaban ante ellos los primeros grupos de prisioneros imperiales, custodiados por kasartelianos.

—¿Qué haréis vosotros? —preguntó Sara Benton.

Lars estrechó a Rena, diciendo:

—Volver cuanto antes a Howarna.

—¿No será peligroso? El imperio puede volver allí a efectuar nuevas levas.

—Dudo que lo hagan —afirmó Lorimer—. Este sector de la galaxia no les es propicio. Partiremos mañana mismo, si es posible. Pero antes desmantelaremos el carguero de sus armas.

—¿Por qué no las conserváis? —sugirió Salet—. Podéis necesitarlas. A nosotros, con las que hemos ocupado al enemigo, nos sobrarán.

—Será mucho lastre. Recuerda que seremos sesenta personas.

—Como queráis —miró a Rena y le preguntó si cuando ella salió de Howarna confiaba en regresar al hogar con todos los que Garh secuestró.

—No lo sé. Creo que no pensé en nada definitivo. Sólo en Lars.

Y él, tomándola por la cintura, se alejó rápidamente.

Salet suspiró y volvióse hacia Torganet.

—Tengo entendido que usted es el gobernador de la pequeña colonia de Howarna.

—Así es.

—Quiero decirle algo, señor.

—Dígame, señor Salet.

—Si alguna vez tienen problemas con el imperio no duden en acudir a nosotros. Pueden venirse todos a Kasartel. Aquí hay sitio para todo el mundo y nos sentiríamos muy honrados teniéndoles como vecinos.

Torganet soltó una carcajada.

—Transmitiré su propuesta a mis compatriotas y tal vez algún día la aceptemos.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).